

# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Gaston Leval: Anarquismo, ciencia y pseudocrítica.—Felipe Alaiz: 1859-1860. Una guerrita española.—Eugen Relgis: El humanismo, los intelectuales y el comunismo.—Federica Montseny: Cuentos de la noche. En sueño.—Margaret Knight: Ecos de la vida inglesa. Las charlas de la B. B. C.—F. Olivier Brachfeld: El tiempo, enemigo del hombre.—Vladimir Muñoz: En torno al naturalismo. Barret y Thoreau.—Gérard de Lacaze-Duthiers: Siglos de tortura.—Ricardo Mella: Ideario (Folle-tón encuadernable).

ABRIL  
1955



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

Reproduce ella una fotografía del famoso barrage de Tignes, que ha englutido un pueblo entero de Francia, obligado a desaparecer a causa de las necesidades impuestas por la construcción del enorme embalse, que dará vida económica a una región de Francia.

Lo interesante para nosotros de esta fotografía y de esta formidable obra de ingeniería, es que los que la construyeron, casi en su totalidad, han sido obreros españoles refugiados y en una gran mayoría de la C.N.T. Ahí han perdido la salud y la vida no pocos hombres y con el sudor de todos se ha levantado ese formidable monumento del trabajo.

Y, como en Tignes, en los Saltos de Vizille y en el Barrage de l'Aigle, de la Savoya a los Ardennes y del Mediterráneo al Atlántico, el sudor y la sangre de los refugiados españoles han fecundado muchos kilómetros de tierra francesa y han contribuido a la reconstrucción económica de Francia. Lo hacemos constar como recordatorio para aquellos que algunas veces parecen olvidarlo. Es así, con el trabajo, con la sangre, con la fecundación moral y material de una obra de impregnación de ideas y de propaganda por el ejemplo, como se ha escrito y se escribe la historia de los revolucionarios españoles derramados por el mundo y llevando de un confín al otro el espíritu de la revolución de julio y de los ideales que la inspiraron.

### CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año V

Toulouse, Abril 1955

Nº 52

## ANARQUISMO, CIENCIA y SEUDOCRITICA

Las páginas de CENIT están abiertas para toda polémica elevada, en la que se discutan ideas y conceptos. Jamás nuestras publicaciones han rehuído la discusión libre sobre aspectos y matices de nuestra ideología. Es precisamente este debate filosófico y esta incesante e inquieta búsqueda de lo más verdadero y de lo más justo, lo que constituye la mayor nobleza y lo que, en lo relativo de lo infinito, da eternidad como aspiración humana al anarquismo. Pero rogamus a los compañeros que excluyan de toda discusión los aspectos personales y que eviten cuidadosamente que una polémica sobre ideas, degeneren en un conflicto entre individualidades. (N.D.L.R.).



El publicado, en la revista «Témoins», de Zurich, un estudio titulado *Bakunin y la Ciencia*. Este estudio, de treinta páginas, es un capítulo de mi libro inédito *El Pensamiento social de Bakunin*; él prueba, en forma irrefutable, mediante numerosas citas, que lejos de ser adversario de la ciencia, como había afirmado Fritz Brupbacher, Bakunin la defendía apasionadamente. Puede controlarlo quienquiera estudie sus escritos, o simplemente los lea detenidamente. Bakunin rechazaba el gobierno de los sabios, no las luces que la ciencia puede aportarnos, o nos aporta.

Hubiese sido lógico que André Prudhommeaux, que con diferentes seudónimos, es el colaborador más asiduo de «Témoins», me contestase en esa revista, cuyos lectores habrían podido juzgar de la oportunidad o de la inexactitud de sus comentarios. Pero ha preferido contestar en «Volontà» y en CENIT, cuyos lectores ignoran en absoluto lo que he escrito, y lo que he reproducido de Bakunin (\*).

El resultado es un deslizarse al margen que nada tiene que ver con el tema tratado. No me interesan las discusiones de diletantes, y sin contestar uno por uno a los argumentos de Prudhommeaux, contesto sobre lo esencial del problema. Y esto por una sola vez. Porque hay una clase de polémica cuyo fin, a pesar de las apariencias, no es buscar la verdad, sino satisfacer, por todos los medios, una antipatía personal, muchas veces demostrada.

(\*) Ya enviada esta respuesta he recibido la revista «Témoins» donde aparece el artículo de Prudhommeaux. Son pues, tres revistas donde A. P. ha publicado el mismo trabajo; no sé si hay otra.

Discutir en tales condiciones resulta más que desagradable. Y a la postre se rebaja uno y hace perder su tiempo a los lectores.

\*\*\*

¿Qué es la ciencia? Traduzco lo que a este respecto dice el diccionario Larousse — y dicen, con muy pocas variantes, todos los diccionarios: «Ciencia (del latino *scientia*; de *scire*: saber) —. Conocimiento exacto y razonado de ciertas cosas determinadas: la ciencia de las cosas exteriores. Todo conjunto de conocimientos fundados en el estudio: los progresos de la ciencia. Conjunto de conocimientos coordinados, relativos a un objeto determinado: las ciencias naturales».

Así definido el sentido real que damos a la palabra ciencia, declaro inmediatamente que voy a limitarme a lo que la ciencia representa para nosotros, libertarios y revolucionarios. Dejo otros dominios filosóficos que no estoy ahora en condiciones de abordar, y que me interesan menos que el dominio específico que es nuestro.

La ciencia tiene ante todo por objeto el estudio de la vida, en todos sus aspectos, y quien descuida este estudio no puede influir sobre la vida. Y cuando intente hacerlo, podrá razonar hasta lo infinito, sustituir el «conjunto de conocimientos coordinados» de los hechos por la dialéctica y todas las acrobacias verbales posibles, nunca logrará hacer algo que concuerde con la vida, ni modificar útilmente, humanamente, una realidad que desconoce.

El compañero Prudhommeaux lo demuestra en forma acabada. Supongamos que estudiase seriamente la vida de la sociedad humana, en una nación, un continente, en la tierra, en un clan o una aldea. Supongamos también que conociese a fondo las ideas de que se reclama y que desee seriamente su aplicación. Le sería imposible preconizar, como lo hace, y como única forma de organización económica valedera en sociedad anarquista, la propiedad — o la posesión, no lo sé muy bien y no sé si lo sabe — de los medios de producción por cada individuo, y por todos los individuos que trabajen, sea en la agricultura, sea en la industria. Ni diría, como se le ocurrió decir en una charla dada en París a jóvenes libertarios atónitos — y esto era un ejemplo que debía generalizarse — que cada linotipista tendría su linotipia (1) — y uno se pregunta qué ocurriría cuando se tratase de máquinas en las

(1) Hoy, dos o tres linotipistas trabajan por turno en la misma máquina. Haría falta, pues, dos o tres veces más linotipias. Más espacio, y todo en relación.



cuales trabajan varios obreros o docenas de individuos, alternadores eléctricos de doscientas toneladas u otras máquinas costosas como las que se encuentran en las fábricas textiles modernas, y de las cuales una sola mujer controla cuatro o cinco.

Si el compañero Prudhommeaux trabajase según el método o el espíritu propio de la indagación que lleva a la ciencia, no habría escrito sobre Bakunin esta afirmación que renuncio a calificar: «El bolchevismo le debe su triunfo, el anarquismo, sus derrotas» (2), ni pronunciado sobre él juicios peyorativos, o hablado de su «temperamento de mujer», a trueque de enmendarse al final afirmando que Bakunin era el padre de la Comuna y de la Primera Internacional. Porque habría empezado por estudiar a Bakunin, su pensamiento, su actividad. Por informarse y querer informarse antes de pronunciarse.

Si el compañero Prudhommeaux hubiese estudiado a Proudhon y Kropotkin, no habría tampoco escrito sobre ellos en forma tan apresurada y tan inexacta como lo hizo sobre Bakunin. Ni afirmaría, como lo hizo en una charla en el Grupo de «Le Réveil», de Ginebra, que en la sociedad anarquista no habría ferrocarriles, el ferrocarril no siendo anarquista porque debe llegar y partir a horario fijo. Cada uno, según parece, tendría sus medios de transporte individuales, un automóvil sin duda. Pero Prudhommeaux no piensa que para construir tan gran número de autos hace falta una organización técnica, laboratorios y fábricas cuyo utillaje no puede pertenecer individualmente a los trabajadores.

Si Prudhommeaux hubiese estudiado el pensamiento anarquista, y lo que la historia enseña con respecto al Estado, no habría escrito en «L'Unique» de septiembre de 1951, al comentar un folleto mío contra el comunismo de Estado:

«En lo que se refiere a la existencia del Estado, no constituye, en fin de cuentas, sino un arbitraje impuesto por la civilización moderna a los conflictos entre el absolutismo tribal y la libertad individual, a expensas de uno y otra, pero con tendencia siempre más acentuada a favorecer al primero.»

El Estado creado por la civilización moderna, es el colmo de los colmos. Y se comprenderá que Prudhommeaux no haya nunca, a pesar de que se lo haya pedido, demostrado el valor de su tesis. Lo espero todavía.

En fin, simple detalle: si Prudhommeaux, que se ha vuelto «malatestiano» hubiese leído y estudiado a Malatesta, no pretendería, como lo hizo recientemente en «Défense de l'Homme», que Malatesta era partidario de las doctrinas fisiocráticas (e indirectamente de la pequeña propiedad individual), agregando que Malatesta pensaba así porque tenía una «fina psicología de médico». Sabrá que Malatesta dejó sus estudios de medicina a los diecisiete años, y que había, entonces, asistido a más reuniones políticas que a clases universitarias.

Buscar, informarse con método es siempre útil cuando se quiere pensar, hablar, escribir seriamente. No hacerlo es caer en la ocurrencia y la irresponsabilidad.

\*\*\*

Yo no soy hombre de ciencia pero lo que he aprendido me ha enseñado que entre los que tratan de un problema profundizándolo sólo en forma verbal — método escolástico — y los que lo tratan profundizándolo mediante el estudio directo, el análisis «de hecho», la disección verdadera, son estos últimos los que nos han enseñado y mejor nos enseñan a conocer la verdad — o a acercarnos a ella. A pesar de sus errores, las ciencias están más en lo cierto que las creencias, las religiones, la fe o la superstición. Y

(2) «Défense de l'Homme», abril de 1953.

los hombres no tienen otra alternativa que lo primero o lo segundo. O la ignorancia pretenciosa.

Las ciencias han sido aplicadas a la sociología por Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Eliseo Reclus, Tarrida del Mármol, Ricardo Mella, Cornelissen, y según sus aptitudes, por Sebastián Faure, Pietro Gori, Anselmo Lorenzo, Juan Grave, Cherkessoff entre los más conocidos de nuestros escritores. El mismo Malatesta acudió a la ciencia económica en sus primeros escritos, y su folleto magnífico, «La Anarquía», expone conceptos netamente kropotkinianos.

Si hubiéramos, pues, de eliminar a los pensadores o los escritos basados en el conocimiento o los conocimientos de carácter científico, siempre perfectibles como lo es la misma ciencia, sólo quedaría del anarquismo desde el punto de vista intelectual, literatura teorizante, metafísica o casuística. Mal que le pese al compañero Prudhommeaux, la ciencia y el anarquismo no podrán negar esta base sin derrumbarse.

En cuanto a Bakunin, es desconocerlo todo de su personalidad intelectual, de sus escritos, de su pensamiento, de su acción histórica creer que ha podido, en menos de seis años, crear nuestro movimiento internacional con el solo concurso de su espíritu y de su voluntad. El menor sentido común dice que este estudio prodigioso no habría sido conseguido sin un método de trabajo, de organización, sin directivas que incluso ha dado a los otros, que se encuentran en sus escritos, sus polémicas sobre la Primera Internacional, sus cartas a los militantes de España, Italia, Francia y otros países. Nadie, hasta ahora, ha, entre nosotros, expuesto con tanta claridad y tanta amplitud lo que deba ser la obra constructiva, organizadora, educacional, y de preparación revolucionaria en el orden administrativo nacional o internacional. Todo lo que se encuentra en él a este respecto prueba acabadamente que la ciencia de la organización no lo era más desconocida que la de la sociología. Dispuesto estoy a discutir sobre este punto, textos en mano, con André Prunier.

\*\*\*

No se conoce al universo razonando sobre él, no se conoce la evolución de la vida en la tierra, la aparición y el desenvolvimiento de las especies, la aparición, la constitución, la evolución de las sociedades razonando sobre ellas según la inspiración del momento y los caprichos de la loca de la casa, sino estudiando los hechos sin descanso, sondeando el pasado, analizando el presente, acumulando materiales, documentos, cifras, testimonios, estudios, agrupando, clasificando, controlando o comparando los detalles, estableciendo síntesis basadas en una multitud de búsquedas e investigaciones.

Antes que Marx, Proudhon había hecho un análisis del capital, y, cifras en mano, mostrado las contradicciones de una sociedad dividida en clases. Se equivocó sobre aspectos secundarios, pero lo esencial de su análisis era justo. Y lo sigue siendo.

Proudhon, después Bakunin y Kropotkin, especialmente el primero y el tercero, uno desde el punto de vista de la justicia y la economía social, el otro desde el punto de vista sociológico y humano, han hecho una crítica científica del Estado, por estar basadas en el estudio y el conocimiento profundo de los hechos generales, dominantes e irrefutables. Y sin negar el problema moral (Proudhon atacaba también al Estado desde el punto de vista de la dignidad personal), ¿por qué no podríamos, como Bakunin, recurrir al estudio de la historia, al HECHO de la humanidad oprimida, aplastada, explotada, sacrificada por el Estado desde hace milenios? ¿Por qué no tendríamos el derecho de utilizar estos argumentos, estos estudios que



justifican con los HECHOS universales y eternos, en la medida humana de la eternidad, nuestra posición moral? ¿Y no viene nuestra posición moral de una reacción contra HECHOS que nos indignan?

En fin, si creemos útil acudir al arsenal de conocimientos que nos brindan todas las ciencias, ¿por qué no queremos razonar en abstracto, y por qué la dialéctica verbal nada tiene que ver con la dialéctica y la complejidad de la vida?, ¿por qué no tendríamos el derecho de hacerlo? ¿Por qué hemos de tropezar con el modo totalitario de razonamiento, el criterio unilateral, la censura del compañero Prudhommeaux para quien, aparte Goldwin, que no ha ejercido influencia en nuestro movimiento, sólo un pensador anarquista socialista tiene importancia... a condición de falsificar su pensamiento? (1).

Yo aprecio toda posición de carácter filosófico, espiritual o moral. Constituye un HECHO entre otros, y que cuenta en la historia de la humanidad, lo mismo que la esterilidad o la fecundidad de la tierra, el clima tropical o ártico, antártico o de las regiones templadas en el desarrollo, estancamiento o la no aparición de las civilizaciones.

Nadie reivindica más energicamente que yo, contra el sedicente materialismo histórico — en realidad economismo histórico — la dignidad del hombre forjando su destino en su lucha contra el ambiente natural, contra el universo si es preciso, y la elección de sus propios fines y de los caminos por él preferidos. Pero precisamente, en la realización de este destino, voluntaria, consciente, inteligentemente elegido (o por lo menos elegido con participación de la inteligencia), la ciencia, obra de la inteligencia, de la dignidad, de la voluntad, es instrumento al mismo tiempo que una causa — y objetivo. Porque es también manifestación del espíritu.

En el fondo, en este problema como en todas las cosas humanas, trátase de una cuestión de proporciones. Todas las producciones espiritualistas, incluso las religiosas, forman parte del acervo de la humanidad. Pero también todas las técnicas, las ciencias, los sistemas filosóficos gnósticos, agnósticos y materialistas. Y cada cual tiene derecho, sobre todo entre anarquistas, de preferir tal o cual grado de ciencia o espiritualidad, de preferencia materialista o ética, que en nuestros días, en sociología, se completan e interpenetran.

Pero, desgraciadamente, la insuficiencia de la ciencia y la reivindicación de los valores psicológicos, entre los cuales la voluntad, son, la mayoría de las veces, pretextos no para enriquecerse espiritualmente, sino para justificar

(1) He aquí lo que escribía André Prudhommeaux, con la firma de André Prunier, en «Défense de l'Homme», número 71, septiembre de 1954, en su artículo: «Volontarisme et physiocratie»:

«Esta fisiocracia, de la que Malatesta tenía una intuición tan segura y fina — en su calidad de médico familiarizado con los métodos y las incertidumbres de la práctica experimental — debe ser sustituida por nosotros a las divagaciones apriorísticas y a las generalizaciones apresuradas sobre el origen del mundo, la evolución, la lucha de clases, las «necesidades» del progreso, la selección natural, el apoyo mutuo como ley de la especie, el cada uno para todos, el cada uno contra todos y otras abstracciones».

Por tanto, según Prudhommeaux, las «abstracciones» llamadas apoyo mutuo, lucha de clases, principio del comunismo libertario, o los conceptos parecidos deben ser eliminados. Sin contar la natural inquietud de todo ser pensante sobre el origen del hombre o los problemas de la evolución. Y sólo es valedera la propiedad individual de la tierra, sin apoyo mutuo, o ayuda mutua. Endilgar esto a Malatesta, consagrado médico para el caso, es tan serio como hacer de Bakunin el responsable de los triunfos del bolchevismo y del fracaso del anarquismo.

una pereza general que engendra un retroceso, también general. Es en Italia donde el «voluntarismo» tiene mayor éxito. Y según me han dicho varios de los militantes más destacados que luchan de veras, en este país donde los anarquistas son tan numerosos, nuestros compañeros son los más indolentes, tanto en sus actividades materiales como en las otras.

Y no discutiría tan extensamente sobre este tema si no viese, si no supiese — otros lo saben y lo ven también — que al rechazar la ciencia, las ciencias, y el ejemplo que nos dan del estudio metódico, sistemático, tan completo, tan profundo como sea posible, se mata intelectualmente al movimiento anarquista. Y matarlo intelectualmente, es matarlo integralmente.

Los pueblos europeos y occidentales no viven intelectualmente de vida sólo espiritual. Su genio es racionalista y experimental, constructivo y positivo, renovador, creador incesante de formas nuevas, ganoso de conocimientos, apasionado de verdad, ávido de penetrar y dominar la vida. No tener en cuenta estas características, es anularnos. Y un movimiento social que da la espalda a esta realidad psicológica, tal vez determinada por lejanas causas naturales — geográficas, telúricas, climáticas — se coloca fuera de la vida y de la historia. Y toda acción que no es guiada por la inteligencia, guiada por el conocimiento no puede, en el dominio humano, conducir sino al fracaso o al caos.

Todo estudio serio y de profundidad lleva a la ciencia, se asimila a la ciencia. De ciertos libros míos en lengua española se me ha dicho que tenían un carácter científico. Sin embargo, yo no tenía al escribirlos ni tal intención, ni tal pretensión. Pero, porque ya sabía algo de economía, al estudiar los problemas económicos de la revolución española, entonces previsible, empecé, y debí fatalmente empezar si quería tratar el tema con la honradez intelectual que se impone a todo hombre responsable, por ocuparme de geografía. Porque las posibilidades económicas de un país dependen en primer lugar del suelo y del subsuelo, y del factor clima. Después, me ocupé del problema población (El Hombre y la Tierra: la tierra y el hombre). Luego, de la agricultura y de las principales ramas de la agricultura, de las producciones diversas, de los rendimientos, de la energía y de las fuentes de energía, de las materias primas, de las industrias, del número de trabajadores empleados en cada especialidad, de las importaciones y de las exportaciones, de las posibilidades y de los límites de la autarquía en caso de bloqueo internacional durante una revolución prolongada, de traslado previsible de cierta parte de los trabajadores de una a otra industria por falta de materias primas, de la asimilación al trabajo de las poblaciones hasta entonces parásitas. En fin, yo tracé, basándome en todos estos datos, en las tradiciones comunistas, en la psicología española y en los medios de organización de que disponíamos, una esquema sobre la estructura institucional imaginable — pero nada definitiva.

Todo esto se había impuesto en mí, encadenándose. Llegándome en cierto modo porque yo hacía un estudio documentado, y no literatura. Se me dijo después — y tal fué la opinión de Fabbri — que yo había hecho un estudio de carácter científico. Deduzco simplemente, y repito fatalmente que toda investigación seria, de alguna amplitud y profundidad, se asimila a la ciencia. Y si es verdad que la imaginación puede a veces anticiparse a la ciencia (es auxiliar indispensable de la inteligencia) como ha ocurrido en el siglo diecinueve con relación a la psicología, no se puede en sociología — y el anarquismo es una escuela sociológica — rechazar el conocimiento, es decir, poco o mucho, la ciencia, sin caer en todas las desviaciones del verbalismo filosófico y todos los desvaríos contra los cuales



1859-1860

## UNA GUERRITA ESPAÑOLA

(Conclusión.)

Amador de los Ríos en su «Estudio sobre los juicios en España» y refiriéndose a Judas Macabeo, le llama caudillo «experto y valeroso» en la página 59. Compárese esta frase con la dedicada a Prim, de quien dice Pío Castillo que era «cuanto experto, valeroso» en los versos que copiamos. Pío Castillo, adalid del catolicismo, injerta su patriotismo en Israel. No hay manera de atar cabos con los patriotas. Caívo Asensio y otros parlamentarios también ardían como españoles de Cantata.

Estuvieron en la guerra como cronistas oficiosos Carlos Navarro Rodrigo y Gaspar Núñez de Arce, al servicio, como Alarcón, de los generales. Y cuenta Azorín que al despedirse de O'Donnell porque regresaban a Madrid les dijo Lucena (O'Donnell):

—Que me envíen soldados y raciones, que yo les enviaré mucha gloria para la patria. Si me pierdo, que me busquen en el desierto de Sahara.

Guerra sin raciones, como siempre.

— 0 —

La versión oficial de la paz tuvo muchos voceros. Según éstos, había sido impuesta por Inglaterra victoriana, no bien avenida con el establecimiento de España en nuevas posiciones que podían utilizarse para la conquista de Tánger, ciudad considerada como arrabal de Gibraltar por el Foreign Office.

Es evidente que la especie desfavorable para Inglaterra llegó a tener estado hasta en coplas populares como éstas, que recuerdan haber oído los viejos de Aragón:

en folletos como «Por la Anarquía» reaccionaba. exasperado, Ricardo Mella, y a veces el mismo Malatesta.

\* \* \*

Tal es el problema de fondo. O hacemos literatura pseudo-intelectual, que esteriliza el pensamiento, y por consiguiente la acción, o trabajamos con el método que tan poderosamente ha ayudado a elevarse allá donde ha sido aplicado. Y cuando escribo esto no olvido las objeciones que yo mismo formulé contra los fanáticos de la ciencia en lo que al problema moral se refiere. Bastante he escrito al respecto para que mi pensamiento no deje lugar a dudas.

En cuanto a mí, me he pronunciado hace tiempo. Independientemente del ejemplo dado por el método que ha permitido a las colectividades humanas más evolucionadas adquirir un conjunto de conocimientos sin los cuales estaríamos aun sumidos en la barbarie primitiva, con todos sus aspectos morales, intelectuales y materiales, sigo el rumbo que más ha contribuido al progreso humano en este triple dominio. Sigo el ejemplo, entre todos fecundo, de Froudhon, Bakunin, Eliseo Reclus, Kropotkin, Mella, Tarrida del Mármol, de cuantos han fundado al anarquismo socialista. De los que no despreciaban la ciencia, las ciencias, es decir, el conocimiento, los conocimientos, y que nos han abierto tantos horizontes y enseñado la utilidad de tantas disciplinas intelectuales hacia los cuales y con las cuales el anarquismo debe progresar de continuo si no quiere perecer.

Gaston LEVAL

Al campo del moro iré  
Y me pondré por delante,  
Que las balas del inglés  
No le toquen a mi amante.

El inglés le dijo al moro  
Que le diera los cañones  
Y el moro le contestó:  
Los tienen los españoles.

El escritor francés Rouard de Car confirma el veto británico contra España en la página 89 de su obra «Relations entre l'Espagne et le Maroc», añadiendo que el tratado de paz de Tánger (1844) entre Francia y Marruecos había sido impuesto por el Foreign Office. El cual permanecía callado. Su embajador en Madrid no sacó los trapos a relucir en el balcón con motivo de las supuestas victorias de O'Donnell.

Una musa servil repetía estos versos en las románticas veladas españolas:

Allá en Sierra Bullones  
Una morita l'oraba  
Porque se quería ir  
Con el general Zabala.  
Yo no quiero a los moritos  
¡Zurra matraca!  
Que llevan jaique,  
Las babuchas en chancleta  
¡Zurra matraca!  
Y la pierna al aire.

Al principio de la guerra, por las calles de Barcelona se cantaba un sonsonete españolista en catalán de arre-metida:

Al Africa minyons  
A matar moros, a matar moros  
Al Africa minyons...

El propio O'Donnell inspiró las notas oficiales sobre el tratado de paz. Las inspiró a cronistas adictos para que éstos fueran resonadores. La guerra había sido un desastre de organización. Surgieron epidemias graves y contratiempos mal atenuados con despilfarros. En alguna ocasión, los infantes habían tenido que formar el cuadro. La Intendencia es una categoría positivista, mucho más positivista que los calderos de floja menestra que se servían. Los temporales minaban la salud de los soldados llevados a Africa en época de cielo ceñudo. El agua diluvial desaparecía rápidamente cuando no se encharcaba. Los campamentos eran barrizales y la limpieza una fantasa. Las camisas hicieron la guerra sin ser pasadas por agua, como eran pasados los reclutas.

La versión de la paz era una carga contra los ingleses Alarcón más que nadie la dió encubierta en letras de molde. Con manos libres para desmentirla después de dictarla al periodismo servicial, especie de zanganete de alabarderos y aun para azuzar a los dragones ingleses contra el plumífero, desautorizando a éste si reclamaba Inglaterra. No era muy gallardo para O'Donnell endosarle una explicación amañada. Lo cierto es que la morisma estuvo a punto de ganar sobre todo con las cargas de caballería del cabecilla Ben Abú, cortacabezas y jinete



consumado. La continuación de la guerra era un quebranto con las tropas diezmadas y desmoralizadas. Todo estaba en contra del general, hasta las nubes, la peste, el escorbuto y las fiebres. Como el río Martí fué obligado a ser españolista, se quedó en seco. «Cuando llueve en el Rif—escribe Alberto Cursi—corren rápidos torrentes y vierten en el mar en pocos instantes más cantidad de agua que la que luego falta durante semanas sedientas y meses desesperantes». Sequía o agua diluvial. A un escenario así llegaban los españoles a conquistar tercianas y a hacer locuras. En cierto momento—cuenta Alarcón—pasó al campamento español un moro sin armas,

Como el ejército español estaba postrado por las fiebres y los generales se entendían mal entre ellos, los moros se aprovechaban de las disidencias de unos entorchados con otros y de la disidencia mortal de España con la Sanidad. La paz fué retirada prudente para no exponerse a un cataclismo, que hubiera sido muy patente en contras con los éxitos franceses en Argelia dominada ya de hecho.

O'Donnell descendía de irlandeses, que habían abandonado su país perseguidos por el frontalismo anglicano y patriótico. Se regocijaba culpando a los adversarios de su raza y de su religión: los ingleses. Tenía frente a él un conglomerado imponente: los ingleses, el catalán Prim,



medio desnudo. ¡Gran alborozo! ¡Teníamos un moro leal! ¡Y tan leal! Como que estaba loco. Los locos se atraen entre sí.

—o—

¿Quién puede sospechar que los dioses se preocupan de temporales, camisas limpias, nevadas y desiertos? La gloria no tiene nada que ver con el clima. En las obras de mediados del siglo XIX como el «Manual del oficial en Marruecos» por Serafín E. Calderón (Madrid, 1844) no se tenía en cuenta para nada que los aguaceros persistentes pueden ser más destructivos que el enemigo. Lo que privaba entonces era el aguardiente, sin necesidad de que lo recetaran las ordenanzas. ¿Quién es capaz de calcular las batallas que ganó como revulsivo patriótico? ¿Y quién es capaz de calcular las batallas que perdió? La Historia está llena de aguardiente, que viene a ser la patria ingerida. ¿Quién puede negar que las glorias de la patria están encerradas en un frasco? Los caudillos de nuestras guerras dinásticas y coloniales lo sabían perfectamente. La Historia verdadera no es otra cosa que el desprendimiento de servidumbres—tanto de alcohol como de otro signo—cuando el individuo trabaja para convertirse en su propio amo y prescinde del miedo al Estado. «¿Qué importa—pregunta Reclus—que la mayoría de historiadores relaten propósitos de reyes y príncipes? Toman la vida de los hombres al revés. Es como si un médico no viese en el pasado de un hombre más que sus enfermedades».

los judíos, las epidemias, 25.000 camisas sin lavar, los elementos desencadenados, la escasez de víveres, el diluvio. Sólo en último término aparecían los moros, capaces de rehacerse con aliados tan decisivos como las consabidas tercianas españolas, que no afectaban gran cosa a los guerrilleros sarracenos. Convenía, pues, embarcar a los soldados para España. El aguardiente no bastaba. Era un aliado caprichoso, de llamarada, y la llamarada se extingue pronto. Había que aprovechar la victoria—ambigua—de Wad Ras y liquidar aquella guerrita que parecía ideada para aupar a Prim y agotar los repuestos de quinina cuando había.

Los cronistas áulicos más notorios de la época se pegaron a la versión oficial de la paz. El marqués de Molins desentonó sus ripios habituales con ripios nuevos, cantando la gloria africana por agua. Molins no faltaba en ningún sarao, en ninguna pantomina, en ningún entierro.

Pedro Antonio de Alarcón, autor de páginas estimables, una de las plumas mejor cortadas de España, escribió su conocido libro sobre la guerra para demostrar que no se puede averiguar nada de ella leyendo aquel misal de reverencia con los generales. Se publicó en 1861. Profusión de toscos grabados, algunos de calidad. Se ha dicho que fué el primer reportaje español de estilo periodístico. Si lo es, no franquea la manera del sucesor de Alarcón, Feris Mencheta, siempre entre generales y reyes. Los caballos van por fuerza con los generales. El periodista de



filón patriótico no parece sino que desearía prestarse a ser mon'ura del general si los caballos pudieran escapar del escuadrón. Víctor Balaguer, ya hemos visto que era un belicoso de atar. Los únicos cronistas veraces de la guerra, eran los soldados rasos que la habían padecido, pero a estos desdichados reclutas nadie les hacía caso. Los españoles oficiosos se atenían a las notas oficiosas y comentaban el resultado mediocre de la guerra explicada de manera tan confusa que preferían plegarse a la nota oficiosa guiñando el ojo izquierdo aunque sin saber lo que había en el guiño. Las conversaciones eran amenizadas con guiños. Manera de pasar por enterado detrás de un burladero, tan español como el guiño. El sujeto ac'ivo que guiña no sabe por qué, pero el guiño le califica de entrado sin estarlo, como tampoco lo está el dialogante. El cruce de guiños ha sido oposición casi única al gobernante y sostén impertérrito del casticismo.

La confesión franca de las propias culpas y no el guiño como institución nacional tendría que ser prólogo de escarmiento a seguir caminos seguros. Prefieren pasar la vida por Ubeda y sus cerros buscando como detectives el paradero del enemigo oculto. A veces este enemigo oculto es una abstracción. Como tiene formas poco visibles, se escurre. O bien el enemigo oculto está agazapado dentro del español. Ya lo dijo Bretón de los Herreros en su obra «Un enemigo oculto», cuyo protagonista recita esta fórmula perfecta, feliz invención como pocas. Podría substituir a la marcha real y al himno de Riego. Es una condensación de españolera picaresca:

A todo el mundo perdono.  
Sólo a mi enemigo oculto  
Le rompería el bautismo,  
Pero como soy yo mismo,  
Me compredó en el indulto.

Estos indultos constituyen la Historia de España. En 1860, el espolón histórico manejado por O'Donnell apuntaba «a la pérfida Albión». La perfidia de O'Donnell seguramente era pareja del colonialismo británico, muy

despierto a la sazón y nada amigo de que los españoles fueran a Tánger. Pero el propio O'Donnell disculpa a Inglaterra en el caso de Africa, como vamos a ver.

El ejército español había ido a Marruecos a ser albaacea de Isabel la Católica. En su testamento dispuso de Africa como nosotros podríamos disponer ahora mismo del Himalaya o de la catedral de Estrasburgo. Tras los voluntarios catalanes y las tropas de reclutamiento forzoso, hab'án llegado bastante más tarde a Marruecos los gudarís o chapelgorris vascos con sus boinas color tomate, así como los catalanes llevaban barretinas rojas que parecían gruesos pimientos. Sin duda todos estos combatientes entrometidos estaban destinados a enardecer el patriotismo del ejército regular, en el que tenía poca confianza el españolismo de capirote. ¿No resulta curioso que catalanes y vascos fueran más españoles que otros peninsulares?

— O —

La versión fehaciente del fin de la guerra queda en un libro de memorias cuya autora, María Viñals, marquesa de Ayerbe, no puede ser recusable. Veamos el fragmento más elocuente de aquellas «Memorias» en la revista madrileña «Crónica» del 17 de febrero de 1935: «El final de la guerra de Africa de 1859-60 fué una de las amarguras en la vida del general O'Donnell. Cuando éste regresó de allá, mi tío, el marqués de la Vega de Armijo, en la intimidad de la casa le preguntó apesadumbrado:

— Leopoldo, ¿cómo ha podido usted ceder ante las imposiciones de Inglaterra?

Jugando distra'damente el general con unas medallas benditas que pendientes de una cadenita de oro le había puesto en el cuello la reina Isabel para que le preservara de todo peligro, respondió con los ojos llenos de lágrimas:

— No ha sido Inglaterra. El ejército estaba cansado y sin moral. Cuando llegué a Africa, los oficiales me saludaron tirando por el aire los gorros y gritando: «¡Viva la paz!»

Felipe ALAIZ



Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada, vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

A ciertos felinos no se les arranca la presa sin arrancarles los dientes.  
Todo gobierno es malo y toda ley entraña tiranía.

GONZALEZ PRADA.



# EL HUMANISMO, LOS INTELLECTUALES Y EL COMUNISMO



En estas páginas tenemos que concretar las verdades impuestas por las realidades sociales de la humanidad y por las aspiraciones tan reales, ellas también, del espíritu. La conclusión que exige una aplicación inmediata y continuada es esta: **¡Qué los intelectuales sean, ante todo, los humanizadores!**

Que se humanicen, primero, ellos mismos, para estar en condiciones de desarrollar la conciencia humana en los pueblos que guerreen bajo el orden capitalista y que serían obligados a guerrear (¡ya lo hemos visto!) en la época llamada socialista o comunista. Los intelectuales deben despertar esta conciencia humana — la de la paz, de la solidaridad, de la ayuda mutua — en todas las capas sociales, en la mayoría trabajadora, lo que es evidentemente factible, y hasta en las minorías parasitarias, si esto es todavía posible por la transformación del conjunto social. Que se extirpen los gérmenes de la guerra entre pueblos y clases sociales, en los nidos mismos donde se incuban. Arrancar las raíces de la guerra — es decir, las incitaciones de la intolerancia, del odio y de la violencia ciega — del corazón y de la mente de las muchedumbres que hasta nuestros días han sido forzados por sus amos, sus lacayos y sus verdugos a guerrear en nombre de algunas ficciones idealizadas, pero en provecho de los pocos privilegiados. Esta es la primera tarea de los intelectuales libres y humanizadores.

Hemos demostrado que el humanitarismo es, desde todos los puntos de vista, la «doctrina» natural de los intelectuales; que el individualismo no puede ser estorbado en el conjunto planetario, tan vivo y diverso, de la humanidad; él exterioriza todas sus fuerzas creadoras, sólo cuando tiene en cuenta también al «organismo de la especie» cuyas células son los individuos. Hemos demostrado que la estética, si está fundada en la realidad primordial de la naturaleza, dispone entonces de manantiales más ricos de inspiración y descubre perspectivas más amplias y lejanas, pudiendo embellecer realmente al hombre y su existencia. Si las artes pueden apaciguar las sangrientas luchas naturales y político-sociales, las ciencias — que ofrecen al hombre el arma firme de la verdad experimental — lo ayudan a dominar las fuerzas elementales, las calamidades geológicas, curar las heridas del cuerpo, disipar las neblinas de la ignorancia y de las supersticiones, del obscurantismo esclavizador y homicida, que siempre es el «método» de los que pretenden gobernar a los pueblos.

Mediante el conocimiento científico y la idealización espiritual, el hombre se eleva hacia las cumbres morales de la perfección, hacia esa positiva «religión humanitaria» que confirma ciertas intuiciones de las antiguas religiones. Armonizando todas estas realidades que a muchos parecerían antagonistas, la personalidad del intelectual se precisa y se desarrolla. Ella llega a completarse, tanto en su sensibilidad como en su recto pensar — y recién entonces tendrá ese poder de acción, ese don de persuasión que señala al semejante la gran ruta, que es la de todos.

La influencia de los intelectuales es, en esencia, moral libre, fraternal, confiada en la **voluntad** de libertad y fraternidad de los pueblos y de los individuos. El intelectual realiza, por la práctica del humanitarismo integral, ese tipo humano (por encima del «hombre mediano» de Kant); ese hombre en quien se reflejan todas las perspectivas y las tormentas de la vida, pero cuyos rayos, como las de un faro, penetran en la noche de los misterios, guiando las naves hacia las riberas de la salvación.

El tipo humano superior es, de hecho, una armonización de los contrarios naturales: la materia y el espíritu reconocen sus vinculaciones inherentes y, desde las realidades terrestres, el hombre se eleva impetuosamente hacia las ilimitadas posibilidades suprahumanas... El intelectual libre, voluntario, en cuyo optimismo de especie se injerta su propio optimismo de individuo creador: el hombre que piensa, atraído por los secretos de la vida, por sus bellezas, por sus ideales, luchando siempre en medio de la naturaleza y de la humanidad, arrastrando tras sí a las multitudes sedientes de justicia, libertad y paz; este intelectual es el hermano del hombre y, a la vez, el precursor realizador de todo progreso. El es revolucionario, es decir, él anticipa e impulsa la lenta evolución de la mayoría. Es un mensajero del porvenir, animando las muchedumbres agobiadas por el presente trágico.

¡Cuán diferente es este verdadero intelectual del tipo, demasiado frecuente, del intelectual parasitario, surgido de la podredumbre física y moral de las capas político-sociales llamadas burguesas, capitalistas e imperialistas! El parásito intelectual aprovecha de todos los tesoros de la cultura y de la civilización, sin dar nada en cambio: él digiere con su cerebro, del mismo modo que los epicureos vulgares digieren con su estómago. Añado natural de la reacción, de toda forma de gobierno, vale decir, de opresión y explotación de los pueblos y los individuos, este pseudo-intelectual es un cobarde y nefando malhechor...

Recordemos a los Enciclopedistas, a Voltaire, a Rousseau, a los forjadores de la Revolución francesa. Recordemos a la falange de los intelectuales que han preparado las revoluciones europeas de 1848. No olvidemos a un Víctor Hugo, tan complejo, tan gigante y, no obstante, tan humano. Estos revolucionarios han surgido en las épocas de opresión y decadencia. Ellos han salvado a su patria, pero también los ideales de la humanidad. Los pequeños equipos de intelectuales que han resistido durante la primera guerra mundial, han preparado los movimientos por la paz y la «independencia del Espíritu», rehabilitando la noción de intelectualidad, tan trivializada, despreciada, o difamada en las contiendas sociales, políticas y bélicas, desde el principio de nuestro siglo.

Todos estos intelectuales actuaron por el impulso de la razón, pero también por el del amor — por profunda intuición y solidaridad humanas. Ellos no hicieron de la razón una soberanía absoluta. Sabemos cuán peligroso es idolatrar a la razón. Si gracias a ella tenemos la obra de un Descartes o Spinoza en filosofía y ética, tenemos en sociología — mejor dicho



en la práctica revolucionaria de los intelectuales políticos — a un Robespierre y un Saint-Just.

Rousseau, el inquieto idealista, Voltaire, tan lúcido y sarcástico, degeneraron en los racionalistas que quisieron plasmar una sociedad nueva con el viviente material humano, en nombre de una idea abstracta. El terror, el crimen frío, sistemático, para sostener determinados principios político-sociales o entidades sobrehumanas, convirtieron a la Revolución en una «fatalidad», en una maldición para todos y cada uno.

Hoy, el concepto del materialismo histórico de Marx Engels, y el racionalismo humanista de Jaurès han llegado a ser para muchos intelectuales socialistas o comunistas un dogma infalible, una idea absolutista. Desnaturalizando, falsificando los elementos del socialismo originario según las contingencias políticas, ellos han formulado «normas» ideológicas, «leyes» arbitrarias, moldes geométricos en los cuales quieren prensar la realidad viva de los pueblos, de la humanidad entera — sin tener en cuenta las condiciones especiales, éticas, culturales y aun económicas de cada país o de cada categoría social. Ellos creen que todos los pueblos y todas las clases sociales pueden servir como material experimental para su dogma, para su comunismo ideológico... Así, Marx y Jaurès han degenerado en Lenin, Trotsky y Stalin, buenos hermanos de Robespierre y Saint-Just. Como éstos últimos en nombre de la «salvación pública», los nuevos salvadores y su «partido único» son los idolatras de una idea (que no es siempre la misma) en nombre de la cual instituyen la opresión total del Estado, organizando el terror permanente, el crimen colectivo — automático, anónimo, irresponsable — contra los compañeros que «traicionan la patria proletaria» si se apartan en lo más mínimo de lo que se llama «la línea general» o de otro modo...

¿Es acaso, el comunismo un resultado natural de la evolución biológica, social y espiritual de la humanidad? Considerando su concepción dogmática, absolutista, y los medios empleados en su acción política y en sus realizaciones prácticas, él constituye una sangrienta negación del «organismo de la humanidad» y de la ley universal de lucha por la individualidad. El comunismo estatal es antihumano porque no tiene en cuenta al individuo, que es una célula en el organismo social — pero que es también autónomo por su personalidad, por las posibilidades de su desarrollo intelectual, moral y espiritual.

El comunismo, integrado en la máquina inexorable del Estado, tiende a transformar al hombre en hormiga y la sociedad en un hormiguero en el cual la especialización del trabajo llega a ser absoluta, estando el individuo obligado a cumplir cierta función mecánica, automática. En el lugar de las clases antiguas de la sociedad capitalista, aparecen clases nuevas por lo que erróneamente se llama la «dictadura de la mayoría». Sabemos que esta dictadura es la de otra minoría de gobernantes, apoyados en los mismos medios de opresión: la policía, el ejército, la burocracia. Esta minoría llamada comunista en vez de capitalista, es imperialista en el doble sentido: interior y exterior, manteniéndose en el poder mediante las mismas armas: la intolerancia dogmática y la fuerza homicida, aplicadas sobre los mismos pueblos que — en Rusia, por ejemplo — tuvieron que soportar también la opresión zarista. Los intelectuales, englobados sin discernimiento en el campo enemigo de los «burgueses», si no son aniquilados todos desde el principio, están paralizados en su actividad cultural, científica, artística, ética, etc. Porque no pueden negar su propia personalidad y renunciar a las aspiraciones naturales, a la vez orgánicas y espirituales de la huma-

nidad, ellos son tratados como «enemigos del pueblo», perseguidos por todos los medios, asesinados finalmente por los verdugos políticos en nombre de la «justicia del pueblo». Del pueblo, que siempre es la primera víctima de esas revoluciones frustradas, de esos «golpes de Estado» realizados por un puñado de aventureros temerarios, seguidos por ideólogos fanáticos, en cuyas banderas están inscriptos los lemas tan prometedores como engañosos.

Aquí se plantea de nuevo el problema de la intelectualidad. El tipo proletario, pese a su «mayoría» (muy relativa en relación al resto de la población) no puede ser considerado todavía como el tipo definitivo del hombre mediano; por el contrario, en el actual período de guerras y revoluciones, de dictaduras y Estados totalitarios, el «proletario» es con mucha frecuencia una mezcla de primitivismo disfrazado, de bestialidad política, de técnica elemental y de falsa cultura, rudimentaria — fundidos todos en una «ideología» pseudo-social adornada, no obstante, con las graves etiquetas de los ideales humanitarios. La Proletcultura proclamada después de la Revolución rusa estuvo animada, al principio, de todas las buenas intenciones — pero completamente subordinada, en lo sucesivo, a la política de un gobierno que se llamaba «comunista» sin serlo realmente. Encontramos en la Rusia soviética el ejemplo que confirma lo que hemos escrito (en otro estudio) sobre el desarrollo de la época socialista; ella está apenas en sus comienzos, y ya se ha manifestado en sus formas negativas, reaccionarias, absolutistas. Por «popular» que sea (todo por el pueblo y para el pueblo!) el comunismo impuesto por medios estatales no es verdadero socialismo soñado por sus precursores; él es contrario a la humanidad, porque ignora su realidad viva, múltiple y diversa en sus manifestaciones, obstaculizando por sus «normas» dogmáticas, por su terrorismo gubernamental, las aspiraciones libres y esclarecidas de los individuos. El comunismo (que no es sino un capitalismo de Estado) ha utilizado al proletariado para sus fines, como una masa de maniobra, pretendiendo construir una sociedad sin clases, es decir, aniquilando las clases sociales antiguas para crear clases nuevas, privilegiadas unas, sometidas otras. En cuanto a los intelectuales, ellos tenían que elegir entre la desaparición por el hambre, el destierro o el asesinato «legal» y el servilismo vergonzoso, pero bien recompensado, ante los jefes todopoderosos del partido (1).

Este comunismo de Estado está condenado, por sus vicios internos, orgánicos, a desaparecer a su turno, como el Jacobinismo de los que proclamaron la República «una e indivisible» y el poder supremo del Comité central por la salvación del pueblo. El régimen que rige en la Rusia soviética ha entrado ya en la fase de los compromisos y arreglos con el antiguo capitalismo, pese a la «guerra fría» y tantas manifestaciones espectaculares por la paz, la democracia, la libertad, la justicia, etc. ¿Y qué significan el nacionalismo militarizado, el centralismo estatal, el culto de la patria proletaria, el imperialismo político del comunismo? Todos éstos prueban que la mentalidad «burguesa» y ciertas instituciones capitalistas permanecen todavía, bajo otras formas y otros colores, en la U.R.S.S. Quizás (quien sabe después de que derrumbes provocados por su propia gigantía, después de tremendas guerras civiles u otras transformaciones internas determinadas por el instinto de conservación de los pueblos mismos, agobiados por la opresión política y económica de los regímenes absolutistas) podrá instituirse el verdadero socialismo. El socialismo igualitario en sus cimientos materiales, libre en sus aspiraciones de superación



humana por el impulso pacífico y creador del Espíritu, que es también «una fuerza de la naturaleza».

En 1917 — no podemos olvidarlo — hemos saludado a la Revolución rusa con la juvenil esperanza de que ella abriría la ruta hacia una sociedad más justa y humana; la época socialista sería en fin establecida sobre esta tierra. Una gran parte de la humanidad ha realizado entonces el heroico salto en el porvenir — y si bien, por desgracia, una minoría fanática y astuta la ha sujetado en el yugo férreo de su régimen despótico, esto puede desengañarnos sólo en lo que concierne a los que se atribuyeron el papel de dirigentes, de «salvadores del pueblo». Pero el pueblo — «el abismo sin fondo», «la máquina de olvidar» — permanece con sus inagotables realidades, con sus posibilidades de elevarse del abismo de sus angustias y miserias, con sus anhelos de libertad y de amor...

En verdad, por encima de la razón «impersonal y absoluta», nosotros situamos el amor personal, subjetivo y directo para con nuestro semejante. El amor que surge del corazón que siente a la vez su propio sufrimiento y el de los demás; el amor que puede llamarse «experiencia de compasión» (cf. N. C. Mihailovski), que aproxima a los hombres, reconciliando a los individuos y a los pueblos en la conciencia de un destino común; el amor generador del idealismo que ha impulsado a todos los progresos de la humanidad — y por el cual se espiritualiza este mando, haciendo brotar hasta de las rocas de las fatalidades las flores luminosas de la Libertad.

En el torbellino, en apariencia caótico, de esta tierra poblada y reconstruida por la humanidad, podemos vislumbrar la misma aspiración que persiste en todas las épocas, en todas las sociedades: es el «élan», el ímpetu hacia la libertad que, en la naturaleza, empieza a manifestarse aun por el reconocimiento de las necesidades ineluctables. El hombre, reconociendo sus necesidades naturales, se ha sublevado siempre contra la naturaleza, tratando de **armonizarlas** con las leyes físicas de la existencia. Y con mucho más firmeza y perseverancia él rechaza la esclavitud en la que quieren mantenerlo sus semejantes, constituidos en minorías privilegiadas. La historia de la humanidad no es sino una ininterrumpida sucesión de victorias y derrotas de la Libertad — de esta diosa con mil rostros, pero con el mismo gesto que rompe las cadenas, con el mismo cuerpo erguido como una columna de templo hacia las armonías astrales.

¡Amor y Libertad! Estos son los secretos de la vida creadora, de todos los progresos. Sean los intelectuales, como también los otros combatientes sociales, las «élites» que pueden prever y guiar, animados por

el cálido y fecundo amor. Que hagan, por el amor, más flexible, tolerante y comprensiva a la razón se acerquen y se unan con la multitud, que fraternicen con el pueblo — «uno y múltiple» — que llegará, que llega ya, desde ahora, a ser **una humanidad** en el verdadero sentido de la palabra, no solamente como organismo biológico, sino también como organismo social y espiritual, consciente de sus posibilidades, y — a esa razón dogmática, a la razón del Estado y de la fuerza, demasiado rígida, glacial y mortífera. Que actuando por sus designios siempre más elevados...

Eugen RELGIS.

(\*) Capítulo del libro en preparación: «El Humanitarismo», un concepto positivo sobre los intereses e ideas generales y permanentes de la humanidad.

(1) Anatolio Lunacharsky, que fué Comisario de Instrucción pública en la U.R.S.S. se ha convencido después de cuatro años de régimen soviético, cuán necesarios son los intelectuales en la realización de una nueva organización social. El propuso entonces un congreso de los intelectuales. Citamos algunos extractos de su artículo (en «Clarté», París, nov. 1921), subrayando sus palabras que evidencian cuán subordinadas están todas las cuestiones a la política exclusivamente comunista:

«La conquista de los intelectuales por el proletariado es uno de los problemas fundamentales, surgido de las grandes agitaciones sociales. El ejemplo de la Rusia es bastante concluyente en este sentido... Se trata precisamente de una verdadera conquista. El proletariado debe apoderarse ahora de esta clase políticamente inexistente (la de los intelectuales); vivificada y activa, ella aportará a la causa revolucionaria su más absoluto apoyo».

«La experiencia de los cuatro años de régimen soviético nos ha demostrado que, para dominar la masa de los intelectuales, es necesario: ganar, primero, las simpatías del mayor número posible de los «sin partido»; después, utilizarlos según sus facultades, es decir, poner a cada uno en su lugar; en fin, establecer un régimen que, sin someterlos (a los intelectuales) a un trabajo forzado, pueda ejercer, sin embargo, suficiente control sobre ellos».

Reconociendo la necesidad de una Internacional de los Intelectuales, Lunacharsky afirma, empero, que «desde el principio debe imponerse a los intelectuales una doctrina: la del comunismo marxista.» Y previendo la indisciplina y el individualismo de los intelectuales, añade que «sería absolutamente absurdo imponerles la fórmula: «con nosotros o contra nosotros.» Es menester otra fórmula, que podría servir de base a la Internacional de los Intelectuales: «Quien está contra la burguesía, está con nosotros».

Eugen RELGIS





# Cuentos de la Noche



A nieve empezó a caer, cubriendo con su sudario las calles silenciosas.

La vieja se acurrucó más en su rincón, procurando concentrar, sobre su cuerpo, el calor de los andrajos que la cubrían.

Cada noche se recogía bajo aquella marquesina, siempre en la Rue Peyras. Los transeúntes ya ni se daban cuenta del montón obscuro formado

por su cuerpo y el hatillo en que envolvía los menudrugos de pan y los miserables trapos que recogía por las mañanas en el recorrido diario a los cubos de la basura.

Pronto la nieve, espesa e implacable, formó en torno suyo como una muralla. Tenía los pies helados, y poco a poco el frío iba invadiendo todo su cuerpo. Pensó:

— ¡Señor, quizá esta noche será la última! ¡Qué frío tan grande hace!

Pero no tenía ya aliento para levantarse, para buscar otro refugio abrigado. Además, si se presentaba en algún puesto de policía o en algún dispensario, seguro que la llevarían al Hôtel-Dieu o al Asilo de las Hermanitas de los Pobres, de los que tantas veces había huido.

No quería estar encerrada. Necesitaba deambular, sentirse libre, pasar las horas muertas en un buen rincón soleado, buscarse la miserable pitanza, confiándose a la generosidad de los transeúntes. Al medio día, iba muchas veces a comer un plato de sopa caliente a los centros de distribución para los «clochards». Aquello ayudaba a sostenerla.

¿Cuántos años tenía? Ni ella misma lo sabía a ciencia cierta. ¡Cuán lejos estaba su juventud! ¡Cuán remoto su pasado, que nada tenía de común con este sórdido y desgarrador presente!

Sus miembros se anquilosaban. Ya no sentía sus manos, ni sus piernas, ni su cuerpo. El frío, insidioso, iba penetrándola, envolviéndola, con esa dulzura traidora que conocen todos los que mueren sepultados por la nieve.

\*

Como una cinta cinematográfica, su vida iba desfilando por su cerebro.

Se volvía a ver niña, regresando de la escuela, con el cartable colgado de su brazo, deteniéndose ante todos los manubrios que pasaban por el barrio. Danzaba sobre la punta de los pies, siguiendo instintivamente la música, con un placer casi animal. Toda ella era un animalito gracioso y ávido de vida, de sol, de placeres. Las largas trenzas rubias le golpeaban la espalda. ¡Qué bonita era entonces! Su madre la peinaba con amor; en su casa había un álbum de

## ENSUEÑO

fotografías, reproduciéndola desde los primeros meses hasta cuando, radiante, magnífica de salud y de belleza, debutó como cantante en un teatro de segundo orden, pero donde su gracia, sus dotes naturales, la pasión que sentía por su arte le abrieron pronto camino.

Tenía una voz fina, de ricas tonalidades, unida a un cuerpo escultural. ¿Cómo, con todos estos dotes, había de resignarse a ser modistilla o peinadora, como deseaba su madre? El padre, ferroviario, artista también en sus ratos perdidos, la animó a estudiar solfeo, a educar su voz, bien timbrada, con agradable registro. Para él, el triunfo de su hija fué como una apoteosis, como la realización de lo que habían sido sus sueños y sus ansias secretas.

¡Qué lejos, qué lejos estaba todo aquello! La vida del teatro, el contacto con el mundo de la escena, las tentaciones que todo ello suponía, ¡cuán pronto acabaron con su inocencia, con el frescor de su alma; enterraron a la niña de doradas trenzas! La imagen apesadumbrada de su madre, que consideró perdida a su hija desde el día que debutó en el teatro, ¡cómo vivía ahora ante ella!

Empezaron a desfilar los hombres. ¡Los hombres!

Los labios resecos de la mendiga se replegaron en un rictus sobre sus encías descarnadas.

¡Cuántos había conocido, en el sentido bíblico de la palabra!

Primero se dió por amor. León, un guapo estudiante, con el que pasó la primera noche que no volvió a su casa después de la función. Luego Eduardo, el viajante de comercio; después un tenor, muy solicitado por las mujeres, al que ella quitó por gusto a una amiga.

Y luego los otros. Porque todo es una cadena en la vida, y más en esa vida. Lo que ganaba cantando no bastaba para el lujo en que poco a poco iba deslizándose. Cada día volvía con menos frecuencia a la casa de sus padres. Los viajes, las «tournées», las necesidades de una existencia mundana y elegante, la alejaron insensiblemente del modesto entresuelo de Belleville donde había pasado su infancia y su adolescencia. La madre, muda, acisaba con su silencio reprobador, haciendo responsable al padre de la pérdida de su hija. Para no oír reproches, para no tener que dar explicaciones, ella fué espaciando las visitas al hogar paterno, limitándose a enviar cada mes un puñado de miles de francos, que la madre encerraba sin tocar en una cajita, diciendo:

— Cuando su juventud se acabe y esté en la miseria, a lo menos tendrá esto.

Los amantes ricos sucedieron a los amantes pobres o alternaron con ellos. Fué festejada, adulada, dispu-



tada. Conoció esa gloria efímera que tantas mujeres jóvenes y bonitas han conocido en París.

¡Si hubiese sido precavida y prudente! ¡Si hubiese sabido aprovechar esos años de juventud y de moda! Pero era, como todas, una cigarra. Gastaba cuanto ganaba y más de lo que ganaba. Los vestidos, las joyas, el tren de vida lo consumía todo: lo que aportaba su arte y lo que producía su cuerpo.

Además, como todas también, siempre fué generosa. De la misma manera, con la misma facilidad que ganaba el dinero, lo repartía.

Su madre cayó enferma. Enfermedad larga, penosa, incurable. Ella quiso que los mejores especialistas la visitaran. El mal que la aquejaba — un tumor maligno — no tenía cura. Pero en los esfuerzos realizados para salvarla, pasaron todas las economías del matrimonio, incluso la caja en la que la pobre vieja guardaba los donativos de su hija.

— ¡Qué importa! — decía ella. Ya ganaré más. Me quedan aún muchos años de vida.

— De vida sí, pero de juventud no. ¡Pobre hija mía! — murmuraba la madre, marchándose del mundo con la inmensa pena de dejar en él tan inconsciente y tan desvalida a su hija.

... La mendiga intentó incorporarse. Pero todo su cuerpo, helado, no obedecía a su voluntad. Se reclinó contra la pared, apretando sobre su pecho escuálido el pedazo de manta que la cubría. De pronto le pareció que la noche se iluminaba, y que ante ella tomaban cuerpo las imágenes de ese pasado que desfilaba por su mente. Le pareció que una mano ligera tocaba su frente, que una voz lejana murmuraba a su oído:

— Anda, levántate. Ven conmigo.

Cerró los ojos, los abrió vivamente. Nadie la tocaba, nadie le decía nada. La noche era absoluta y sinies-tral. La nieve seguía cayendo. El barómetro bajaba a varios grados bajo cero.

Pero la voz insistía:

— ¡Ven conmigo, hija mía!

— ¡Mamá! — balbuceó la mendiga.

Ahora reconocía la voz. Era la de su madre. ¿Quién más que ella, podía acordarse de su hija, podía llamarla con tanta dulzura, podía venir a salvarla del inmenso, del silencioso, del implacable frío?

Vió el semblante de su madre inclinado sobre ella. De su madre joven, de la mamá bonita de la niña de doradas trenzas. De la mamá que le esperaba cada tarde, con la buena tartina de confitura preparada, con el tazón de rica y caliente leche.

Después aquella mamá se fué, y apareció la otra, la vieja y enferma, con su semblante terroso bajo los cabellos grises, con sus ojos siempre hermosos y siempre tristes. Luego vió a su madre muerta, entre cuatro cirios, con las manos cruzadas sobre el pecho y el semblante de una serenidad suprema.

Al fin, las imágenes de la madre se alejaron. Y vió una mujer joven, vestida de un vaporoso traje blanco, avanzando sonriente hacia el público y cantando «Lucia di Lammermoor», interrumpida por los aplausos. ¡Qué hermosa era! Cuando terminase la función, en la puerta le esperaría Octavio, un rico industrial, que la entretuvo durante tres o cuatro años, hasta que se casó y regularizó su vida. Octavio había sido siempre bueno para ella. Cuando empezó el de-

clive; cuando perdió la voz y fué descendiendo pel-daños en el mundo de la galantería, Octavio fué el único que le envió muchas veces dinero para ayu-darla.

No se cae nunca de golpe. Para llegar donde ella estaba, en el rincón de la Rue Peyras, agonizando de frío, el descenso había sido muy lento. Después de estar en letras grandes en las carteleras de los espec-táculos, pasó a las letras pequeñas. No sabía por qué su voz iba perdiendo recursos. El vino, el tabaco, los excesos. Y su cuerpo también perdía forma y gracia. Como casi todas las mujeres bonitas, al pasar la ju-ventud, la belleza se esfumó completamente. Las carnes flácidas, las arrugas en el cuello, en la boca, en los ojos, la hicieron descender, en pocos años, toda la escala de la galantería. De entrenida pasó a «res-petuosas». De «respetuosa» solicitada, a ser esa sombra de mujer, esquelética y repulsiva, que asusta a los hombres cuando se dirige a ellos ofreciéndose.

Luego el descenso se hace rápido. Para olvidar, se bebe. Para no pensar, se droga. Lo que no se hace casi nunca, es enderezarse, trabajar, recordar los consejos de la madre. La primera cosa que se pierde es la voluntad. Con ella se alejan el orgullo, la dig-nidad, la estima de sí misma, hasta el propio ins-tinto de conservación.





Lo demás ya no tenía sentido para ella. El día que empezó a mendigar para comer, constituía el encadenamiento ininterrumpido de lo que fueron después los gestos cotidianos de la miseria. La única rebeldía que restaba en ella, era esa resistencia, esa repugnancia invencible a dejarse encerrar. Quizá, en su subconsciente, nacía ello del recuerdo de su padre, muerto, el pobre viejo, en un asilo, con gran desesperación de su hija, que, ya en la pendiente mala, no pudo mantenerle.

— Todo, menos eso — se decía ella obstinadamente.

Y cada vez que la recogían, se evadía. Acabaron por dejarla, esperando recoger su cuerpo yerto alguna madrugada de invierno.

\*

Una gran paz se había hecho en ella. Ya no sufría. Ya no estaba en Toulouse, bajo la marquesina de la Rue Peyras. Las luces, las músicas, el calor de las salas con calefacción de los grandes restaurantes, iluminaba su alma y calentaba su cuerpo. Ya no era ella, «la Baronne», como le decían burlonamente los chicos del barrio, la miserable mendiga, sino la mujer joven, bella, brillante que había sido. Los sones triunfales de las orquestas, en los finales apoteósicos de «Carmen», de «El barbero de Sevilla», de «La Traviata», resonaban en su cerebro. Y se veía evolucionando entre las luces, moviendo los blancos brazos, elevando al cielo las manos cuidadas, mostrando su garganta y el nacimiento de sus senos.

Ya no sentía el frío. La muerte iba llegando, huyendo el corazón, que apenas latía. Pero el cerebro aún revivía las imágenes radiantes. Y otra vez volvió su madre. La madre joven de su infancia, con el delantal blanco; la madre bonita, cuidando las flores en el terradillo; la mamá que era su orgullo, a la que tanto había querido parecerse, de niña.

Los labios resecos aún se entreabrieron para murmurar el nombre que todos los seres pronuncian al morir:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

\*

— ¡Tél La «Baronne» ya ha entregado su alma a Dios — dijo el primer basurero que se acercó a sacudir el cuerpo yerto de la mendiga.

— ¡Pobre vieja! Es mejor así. ¡Para lo que hacía en el mando! — contestó un colega, aproximándose a la muerte.

Los dos hombres contemplaron el cuerpo descarnado de la anciana. El rostro, hecho una pasa, surcado de profundas arrugas, era indeciblemente trágico. El frío la sorprendió, apretando contra su pecho los andrajos, encogida en la forma en que se gestan los niños.

— ¡Qué fea es! — dijo un transeunte, contemplando también los despojos.

— Y sin embargo, algunos dicen que había sido muy linda.

— ¡Nadie lo diría hoy!

— «Sic transit gloria mundi» — lanzó sentenciosamente un erudito mañanero.

Como hacía mucho frío (la mañana era tan dura como la noche) el grupo se dispersó pronto. Después del «constat» policiaco, la ambulancia del Hôtel-Dieu recogería el cuerpo para llevarlo a la «Morgue». Y quizá mañana unos estudiantes, nietos de aquel estudiante que poseyó por primera vez el bonito y fresco cuerpo de la que hoy era un espectro, descarnarían sus huesos; la harían servir para sus estudios de anatomía.

¡Quién pensaría que aquel cuerpo decrepito había sido un día una niña de rubias trenzas, batiendo la graciosa espalda: una mujer bella y codiciada; un corazón por el que pasaron la vida, el amor, el dolor, la gloria y la miseria!

¡Misericordia de la nieve, sumergiéndose en un ensueño mortal lo que quedaba de una existencia humana!

Federica MONTSENY





## DIALOGO ACERCA DEL ESCEPTICISMO

— Nada, amigo mío; que las ideas hechas son una verdadera calamidad. Están en la circulación como las patatas, como los zapatos, como las letras de cambio, y parecen indispensables. Ellas son los útiles de las inteligencias mecanicistas. Y claro, no resulta comprensible aquel que no se acomoda a los pre-conceptos usuales. Es un monedero falso que perturba la circulación.

— Pues a mí me parece que el escéptico no distingue de valores y los acepta todos aunque no crea en su legitimidad. El hombre sin creencias, no digo sin fe, que es ciega, resulta realmente incomprensible y repugna desde luego al buen sentido que acierta reputándolo falsario.

— No hablemos del escéptico vulgar, del hombre degradado que tiene del escepticismo las plumas brillantes y de la corrupción la entraña. No hablemos tampoco del escepticismo de escuela. En el sentido corriente de la palabra, escéptico es el hombre culto cuyos distintivos son un fuerte espíritu de análisis y la rebeldía el encasillamiento intelectual. Las gentes ilustradas, así entre las clases pudientes como entre las menesterosas, dependen cada vez más a la duda y tienen el furor de examinarlo todo continua y porfiadamente. Las creencias están en bancarrota.

— Bien, lo que quieras; pero aún así el escepticismo es dañoso porque mata el espíritu de iniciativa y de acción. Hombre sin idea directora es como ciego sin guía. Camina a tientas, vacila y, en fin de cuentas, no sabe nunca si avanza, retrocede o se está quedando. Conoce e ignora a un mismo tiempo todas las cosas y permanece inactivo, incapaz de decidirse. El escéptico es un aborto.

— Un tanto extremas el argumento. Observa que la distinción entre la fe y la creencia es pura sutileza. Una creencia cualquiera nos pone fuera de la realidad del resto del mundo. Todo lo que no cae dentro de la creencia se tiene por falso y por irreal. El creyente, como el hombre de fe, reputa disparatado cuanto no se ajusta a los cánones de su dogma, o de su idea directora, si lo prefieres. El es el verdadero ciego. Ciertamente tiene un guía. No ve por sus propios ojos sino por los del guía. No puede caminar ni obrar más que en la dirección que se le impone. No puede elegir ni deliberar, aunque se imagine lo contrario. Está irremisiblemente perdido para la libertad. De aquí la razón del escepticismo. Fíjate en la enorme resistencia que las creencias oponen a toda idea nueva, a toda verdad descubierta.

— Barrunto que te hallas en trance de no creer ni en ti mismo. ¿Cómo no te haces cargo de que de todos modos ciegos somos y estamos necesitados de brújula que nos oriente, de algo que nos dirija? La razón —¿cómo no?— puede darnos la certidumbre o en su defecto la idealidad nos conducirá en el laberinto de la vida, mientras que tu escéptico famoso no haría sino perderse en él. Medita y verás que nuestra limitación física

y que no se cegará con los paños calientes de la dogmática, aunque se diga científica.

El salvajismo y la ferocidad no están detrás de nosotros, sino entre nosotros. A la obra revolucionaria de sus víctimas toca continuar la evolución progresiva de la humanidad.

(Acción Libertaria, núm. 13; Madrid 15 agosto 1913.)



# LIBERTAD Y AUTORIDAD

## INUTILIDAD DE LAS LEYES

Quien dice ley, dice limitación; quien dice limitación, dice falta de libertad. Esto es axiomático.

Los que fían a la reforma de las leyes el mejoramiento de la vida y pretenden por ese medio un aumento de libertad, carecen de lógica o mientan lo que no creen.

Porque una ley nueva destruye otra ley vieja. Destruye, pues, unos límites viejos, pero crea otros límites nuevos. Y así, las leyes son siempre traba al libre desenvolvimiento de las actividades, de las ideas y de los sentimientos humanos.

Es, por tanto, un error, tan generalizado como se quiera, pero error al fin, la creencia de que la ley es la garantía de la libertad. No, es y será siempre su limitación, que es como decir su negación.

(Acción Libertaria, núm. 5, Gijón 16 octubre 1910.)

«Puede ser —se nos dice— que la ley no pueda dar facultad a quien no posee ninguna; es posible también que obstaculice en lugar de facilitar las relaciones humanas; será, si se quiere, una limitación de la libertad individual y colectiva; pero es innegable que sólo mediante buenas leyes se llega a impedir que los malos ofendan y pisoteen a los buenos y que los fuertes abusen de los débiles. La libertad, sin leyes que la regulen, degenera en libertinaje. La ley es la garantía de la libertad».

Con este común razonamiento nos responden todos aquellos que en la ley confían la solución del problema del bien y del mal, sin fijarse en que, con semejante modo de razonar, en lugar de justificar las leyes dan, al contrario, mayor fuerza a nuestras opiniones antilegalistas.

¿Acaso es posible que los débiles impongan la ley a los fuertes? Y si no son los débiles, sino los fuertes, los que están en condiciones de imponer la ley, ¿no se da en tal caso un arma más a los fuertes contra los débiles? Se habla de buenos y de malos; ¿pero, por ventura, hay dos especies de hombre sobre la tierra? ¿Hay alguno en el mundo que no haya cometido nunca una mala acción o alguno que no haya hecho una acción buena? ¿Quién estará entonces en condiciones de poder afirmar: éstos son los buenos; aquellos, los malos? ¿Otros hombres? ¿Quién nos garantizará la bondad de estos hombres?

Más allí donde se alzare un nuevo andamiaje, donde se abrieren nuevos surcos y se edificaren nuevos muros, compareced con vuestros picos demolidores y no dejéis piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojonos. No puede haber teorías acabadas, sistematizaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas o por adquirir. Filósofar y razonar es aceptar las unas, investigar las otras. No más. Analicemos, investiguemos, guardándonos de acotar nuestro propio entendimiento. A esta condición, gimnasia, arte y taumaturgia intelectual tienen ancho campo de acción y de expansión.

Y si hallareis en vuestro camino quien intente deteneros ante las magias del ideal o ante la realidad andando, ante las impulsiones de la pasión, reflexionad andando.

Ideal, sí; aspiraciones nobilísimas de humano intelecto que vuela hacia la Belleza, hacia la Justicia, hacia el Amor, saludadas con la emoción de lo divinamente humano, grande sobre todas las grandezas.

Materia, sí; realidad objetiva de todo lo que existe, que soporta todo lo pasado, todo lo presente y todo lo venidero; arcano donde la idea fragua el futuro, compendia la Naturaleza y forja las leyes de la existencia universal, abrazada con el amor de sí mismo, de la propia carne y de los propios huesos, de la propia sustancia y de la propia fuerza, que ella es trasunto acabado y definido de lo que no tiene principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio.

Pasión, sí; flujo poderoso, magnetismo irresistible de la sustancia y de la fuerza; motor grandioso de la acción y de la vida; impulso y atracción, amor y odio; reverenciada como el alma inagotable de todo lo que es arte y sentimiento, razón e idealidad.

Sin pasión es el hombre bloque herroqueño en la indiferencia de la materia inerte. Sin ideal, es como el cerdo que chupa la bazoña que le engorda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vésánicos creadores de espíritus, que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Sonad cuanto queráis, apasionaos como queráis, pero reflexionad andando, que sois cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, optimá; y el estómago una viscera que requiere alimentos, el cerebro que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo maravilloso que se nutre de cereales y carnes y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquistad, pues, el pan y también el ideal; todo en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artifices de colos cerrados se queden en la soledad de sus velustos palacios.

(Acción Libertaria, núm. 16, Gijón 31 marzo 1911.)



Frente a mi mesa, un ciudadano entradito en años toma te, y medita también. De pronto cambia de silla y de postura. Se pone a escuadra. ¿Qué bullirá allí dentro? Otro análisis, otro proceso, otra contradicción.

El tormento de la vida es vivir siempre por dentro, mintiendo siempre por fuera. Lo peor y lo mejor de un hombre queda eternamente desconocido. Nadie es bastante osado para mostrar toda su perversidad. Nadie bastante resuelto para exteriorizar toda su bondad. Somos cobardes para ser como somos. Tenemos más de comediantes que de hombres. Domesticados por la civilización, somos sencillamente despreciables.

¿Miento, me engaño ahora también? Tal vez. En el hervidero de las ideas, en el estrépito de las pasiones, en el vaivén de la sangre que acude a la cabeza en encrespado oleaje, no es fácil discernir cada momento psicológico. El enigma que anda es tan pronto máquina que trabaja como pensamiento que crea. Aun que sea en sueños, permitid que el misero esclavo piense un momento a la hora del reposo.

Sobra tiempo a la bestia para uncirse de nuevo a la carreta.

(Acción Libertaria, núm. 3, Madrid 6 Junio 1913.)

### LOS COTOS CERRADOS

Rondando la verdad y por fuera de ella, las cosas no son como son, sino como se quiere que sean. Razonar es frecuentemente gimnasia que deslumbra; filosofar, maravilloso arte que encanta; teorizar, taumaturgia que seduce, alucina, hipnotiza. Y razonando, filosofando y teorizando, se alcanzanuntuosos edificios que la más suave brisa desmorona. Tan frágiles y deleznales son sus fundamentos.

He aquí que los hombres abren surcos en la tierra, colocan en ellos recios mampuestos, levantan sobre éstos sólidos muros. Cada uno cierra su coto. Y comienza la maravillosa obra de arte. Aquí, en caracteres fulgurantes, la palabra **idealismo**. Allí, en férreos signos, la palabra **materialismo**. Por doquier palabras y palabras. Deísmo, panteísmo; aristocracia, democracia; autoridad, libertad; creación, evolución. Hay andamiajes para todos los gustos. Los artífices llevan nombres gloriosos: Platón y Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel y Spencer. Descubramonos reverentes ante tal grandeza.

Ya estamos separados en sectas, escuelas y partidos. Mil bifurcaciones, mil ramas, mil matices más esculpen en la historia otros tantos nombres imperecederos. Cada uno elige su coto y allí nos encerramos con una lógica propia, con una peculiar filosofía, con una tesis que excluye, que disgrega, que separa. El pensamiento queda esclavo de su propia obra.

Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerramos a la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado.

Alegrémonos de que se derrumben los muros; de que se vengán abajo los palacios. Hay arte y belleza y ciencia en todos; ninguno es el arte, ni la belleza, ni la ciencia. Obra de los siglos que fueron y de los que vendrán, jamás estará conclusa.

que están en tales condiciones? ¿Daremos la preferencia a los estelientes sobre los ignorantes? ¿Acaso la maldad no está generalmente en proporción con la inteligencia? Y de este modo ¿no abusarán los inteligentes doblemente de los ignorantes? Y si acordamos la confesión de las leyes a los ignorantes ¿qué especie de leyes no saldrán de sus manos? Encargad que las leyes las hagan los ingenuos, y serán burladas por los astutos; estableced que las hagan los astutos, y entonces serán mal intencionadas y en perjuicio de los justos. El problema es siempre el mismo. ¿Son malos los hombres? ¿Si? Entonces no pueden hacer las leyes. ¿Son buenos? Entonces ninguna necesidad tienen de ellas.

(Acción Libertaria, núm. 11, Madrid 1 Agosto 1913.)

### PSICOLOGIA DE LA AUTORIDAD

Podría hacerse en dos plumazos.

Ayer mismo dos guardias presenciaban impasibles, en una plaza de Madrid, cómo se ahogaba un niño en una jofaina de agua. Luego dos agentes de policía, en la misma capital, separaban cruelmente a una pobre madre de sus hijos enfermos de difteria, para conducirla a la Comisaría por pleito de unas ropas que valdrían tres o cuatro pesetas. La reclamación era de los **honrados** papás de una criatura a quien había criado la buena mujer. El inspector de guardia, **compadecido**, la envió al Juzgado. Eran las dos de la madrugada. Por fin hubo un hombre, el juez, que la dejó en libertad y la socorrió.

Nadie habrá olvidado el cruel suplicio de aquel hombre moribundo a quien pasearon por Madrid durante una noche entera, sin que las puertas de un hospital o de un asilo se abrieran para él.

Podríamos multiplicar estos hechos hasta el infinito. No son un accidente o una excepción. Son la regla general y constante, como que se derivan de la naturaleza misma de la autoridad. No son tampoco cosa exclusiva de España. Son de todas las latitudes. En estos últimos días, el ministro de Justicia, de Inglaterra, Mr. Churchill, ha decretado la libertad de un individuo condenado a trece años de presidio por robo de dos pesetas y media. «El total de su pena se eleva a **cincuenta y un año de prisión** por sucesos pequeños y robos insignificantes. Su conducta en la cárcel ha sido irreprochable, y el infeliz tiene ahora 68 años.

«Al recobrar la libertad, en la que ya no creía, empezó a llorar y dijo que tantas veces como había delinquido lo hizo por necesidad y no por malos instintos.»

Todo eso no lo decimos nosotros; lo dice la prensa rotativa y burguesa. Y nótese que lo excepcional en las dos relaciones es la conducta del juez y el acuerdo del ministro de Justicia. Como ejemplo, lo citan algunos periódicos. Luego lo firme, lo sustancial es la iniquidad autoritaria, la fría indiferencia y la despiadada crueldad. El hombre, en cuanto autoridad, ya no es hombre, queda por debajo del hombre. Su ética no tiene entrañas; es ética de bestias. Su oficio es oficio de verdugos. El



dolor ajeno no roza jamás su dura epidermis. Su placer es el mal.

La función hace el órgano. Y así la función autoritaria ha creado el órgano: autoridad, cuya psicología carece de rasgos humanos y se confunde con la de las alimañas.

Hombres ayer bondadosos, rectos en su conducta, ahogados con sus semejantes, se tornan hoy, ya investidos de autoridad, inhumanos, crueles, duros de corazón, más duros aún de intelecto. Una ordenanza, una disciplina, una legislación cualquiera lecho en ellos prontamente toda nobleza de sentimientos y de pensamientos. El frío cálculo invade sus sentidos. La noción del castigo, de la represión, de la pena, domina de absoluto su alma plena de instintos malvados. Para la autoridad todo hombre es un delincuente, mientras no demuestre lo contrario. Y así se hace soez, grosera, brutal. Ya no es la función autoritaria elemento regulador de la vida común, balanza justiciera que a cada cual da lo suyo, servidora sumisa de los intereses generales. Es la fuerza prepotente, dueña de todo, superior a todo, por encima de todo.

Se la quiere imparcial, y su imparcialidad la pone fuera de toda humanidad. ¿Cómo podría serlo si tuviera alma humana corazón y cabeza de hombre? Se la quiere recta, y su rectitud la coloca fuera de toda sensibilidad. Indiferente al dolor, suspiroz con el placer, va a su fin arrollando toda supervivencia piadosa, de amor, de compasión. Se la quiere justiciera, y su justicia condena a presidio por toda una vida al que hurtó por hambre o cuela de un palo al que mató por arrebató, por malvada educación social, por locura ingénita.

La psicología de la autoridad está precisamente en eso, en ser imparcial a costa de la humanidad, en ser recta a costa de todo sentimiento, en ser justa a costa de la libertad y de la vida de los hombres. No podría ser de otro modo.

La piedra berroqueña, el acero, el diamante, no son más duros que su dura alma. Su cerebro es un puro mecanismo de cálculo. La lógica de los hombres no reza con ella. Está fuera de la razón y de la humanidad. Está fuera del concierto universal de la vida. Está fuera de la Naturaleza.

La autoridad es un abismo que excede los límites de la inteligencia humana. Su psiquis no es la psiquis del hombre, aunque el hombre la engendró. Acaso no tiene alma, y si la tiene es alma contrahecha y monstruosa que surgió de lo ignorado y se ejercita en el mal y por el mal dura y perdura. Por el bien de la humanidad, será menester aplastar al monstruo.

(Acción Libertaria, núm. 16, Gijón 31 marzo 1911.)

## LIBERTARIOS Y AUTORITARIOS

Bajo estas dos denominaciones puede realmente compendiarse toda la gama política y social.

Cualesquiera que sean los distinguos de escuela, imposible quedar fuera de esos dos modos de opinión. Donde no se dan como programa o como fe, se dan como tendencia.

De tendencia libertaria son todas las escuelas y partidos que

me advino allí, satisfecho de mí mismo, contento de mi éxito. He salvado el abismo. Mi vida ha servido para algo, es algo en sí misma, camina hacia alguna parte. Lo más grande del hombre es su propio yo. Sus luchas, su trabajo, sus alegrías y sus penas traducen pobremente el fondo real de su existencia.

Ignoro que dirá la esfinge al que lleva dentro de su alma el grillete de la vileza. Sólo sé que a mí me dice: amor, justicia, nobleza todo lo grande está en ti. Si te sientes grande es que lo eres. Y tus obras y tus palabras serán como tú de grandes y de magnánimas.

La hora del crepúsculo llega. Cuando bajo a la llanura, una voz armoniosa, dulce, con gorjeos de ruiseñor, una voz de mujer que debe ser hermosa, removiendo las capas de aire saturadas por los aromas resinosos del pinar ya lejano, me sacude con un estremecimiento indefinible que invita a vivir, a la locura de vivir.

La Naturaleza me golpea brutalmente: allá voy a confundirme entre las cosas minúsculas de la ordinaria existencia, con sus miserucas, sus bajezas y sus porquerías. Y la esfinge se desvanece. Todo es humo.

(Acción Libertaria, núm. 30, Vigo 27 Septiembre 1911.)

Cae la tarde. Fatigado por la faena del día, vago por las calles.

Un bar, vulgo taberna elegante. Entro. Una mesa de junco con tablero de cristal. Un doméstico que interroga. Me sirven «vermouth» y unas aceitunillas, antes prisioneras en un frasco de cristal, que ya quisieran parecerse a las exquisitas aceitunas adobadas por los campesinos andaluces.

Bebo, como y fumo a un mismo tiempo. Mi pensamiento anda errante por los internos senderos que concluyen en los rincones ignorados del organismo. Medito. No soy el mismo ciudadano de la calle, del trabajo, de la vida ordinaria. Soy el que no sale jamás a la superficie. En todo hombre existe un yo ignorado, ignorado hasta después de la muerte.

Inconscientemente voy haciendo mi propio proceso psicológico. Hay dos sujetos que al reconocerse se sienten extraños. Ahora empieza el sujeto pasional, en paños menores. ¡Cuántas locuras haría! El otro está domado por el desarrollo de la mentalidad. El conocimiento de la matemática impone silencio a la imaginación, frena las pasiones, pone valladas a la actividad creadora.

Bulle por dentro la agitación de la vida violenta, desordenada. Exaltación, delirio, ensueño, pugna por salir a la superficie. Por fuera el continente es frío, reflexivo, silogísticamente sereno. Un teorema algebraico tiene cierto poder mágico. Gobierno, dirige y aprisiona la inflexible lógica del número.

Padres: ¡no enseñéis a vuestros hijos matemáticas, porque ellos serán modestos, prudentes, cobardes, pequeños! Las grandes cosas son obra del ingenio libre, del sentimiento estético, de la pasión indomita.



radas, no darán jamás sino frutos de barbarie: rebaño de borregos y manada de lobos.

(**Acción Libertaria**, núm. 14, Gijón 17 Marzo 1911.)

Huyo de la ciudad.

Estoy apestado de insignificancia y bajaça.

Calzo mis burdas botas de campo, calo el chambergo de anchas alas, empuño recia vara de fresno y tomo monte arriba.

Entre retamas y pedruscos, me alejo, me alejo hasta la cumbre coronada de altos y bien olientes pinos. Delicioso paisaje.

Me siento en dirección de la máxima pendiente, cara al valle. Las piernas en agudo ángulo, los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, miro hacia delante, en muda contemplación del ancho espacio que se estuma en el azul del cielo, ni cielo ni azul, que dijo el otro.

Pequeño, me siento grande; pobre, me siento rico. Es que también los pequeños y los pobres tenemos nuestro trono y nuestro cetro. La Naturaleza es nuestra, toda nuestra.

A través de los rígidos troncos de pino, me contemplo a mí mismo en la lejanía como esfinge que reta mi penetración y mi cálculo. Acaso resulte un tantico desigual esta retórica egipcia. No importa.

Allá, donde todas las cosas se confunden y desaparecen, traspuesto el horizonte sensible, veo otro yo, las piernas en agudo ángulo, los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, la mirada fija, como perdida en la inmensidad, obsesionada y obsesante.

Todo el pasado desfila silencioso. ¿Qué es una vida? ¿Para qué sirve? ¿A dónde camina? Nada entre dos platos. Fatigas, pesares y alegrías, triunfos y derrotas, ardores y templanzas, todo se borra, se anula, se precipita. No hay locura como la locura de vivir.

Una existencia de continuo batallar por el garbanzo, de bregar sin tregua por ideales de realización lejana; el culto pertinaz a soñadas justicias; el homenaje diario a la equidad, a la verdad, al amor, al bien, todo ello se reduce a un montón de pequeñas cosas grandes, envueltas en lo infinito de las pequeñas cosas pequeñas. La vida es eso: pequeñeces.

Y entonces comprendo la inutilidad de mi existencia, de tantas y tantas existencias como la mía, perdidas en la inmensidad de la Naturaleza, indiferente a todas las alegrías y dolores, a todas las luchas, a todas las cosas grandes y a todas las cosas chicas.

Mi mente hace un esfuerzo titánico; la esfinge me desafía. Más allá, siempre más allá, empiezo a vislumbrar una cosa nueva, desconocida. Sobre el batallar por el bien, por el amor, por el pan, por la justicia, hay algo superior. Mi yo se vacía y se filtra; se desnuda y desnudo me muestra ese algo superior impulsando toda mi existencia hacia adelante.

Es algo indeciso que la distancia quiere borrar. Traspuesto el horizonte sensible, todas las cosas vacilan y se esfuman. Pero

afirman en más o en menos la autonomía o si se quiere la independencia personal. Son realmente libertarios cuantos proclamman en redondo que fuera de la libertad total de pensamiento y de hecho no hay más que privilegio y opresión.

De tendencia autoritaria son todas las escuelas y partidos que en más o en menos proclaman la subordinación del individuo a la sociedad o al Estado. Son realmente autoritarios cuantos en firme sostienen que fuera de la prepotencia del Estado o de la sociedad no hay más que libertinaje y desorden.

No entra en el razonamiento de los unos la concepción del todo sobreponiéndose a las partes; no entra en el de los otros el concepto de las partes actuando con independencia del todo. Para los primeros es el grupo, la sociedad, el Estado, la única realidad viviente; para los segundos lo es el individuo.

¿Es la sociedad algo preexistente o es sólo un resultado? Los autoritarios estarán por el primero de estos términos; los libertarios por el segundo.

Adólese como se quiera la teoría, es lo cierto que desde el absolutista a rajatabla hasta el socialista que confía a la sociedad el gobierno del trabajo y de la distribución, no hay más que una escala de modalidades autoritarias. El individuo, en estos dos sistemas extremos y en los intermedios, queda desconocido, subordinado, anulado. En un simple engranaje o un cetro a la izquierda. Tanto monta.

Todo se reduce a una transferencia de dominio. Se es súbdito del rey, ciudadano de la República, subordinado de la santa igualdad social. Liberados de la voluntad del soberano único, pasamos al soberano gobierno de las mayorías: la democracia es la ficción moderna de la libertad. Liberados de la soberanía del número, caeremos tal vez bajo la soberanía del Estado productor, regido y gobernado por los grupos regimentados del trabajo: el socialismo es la ficción próxima que promete todas las liberaciones. De todos modos, la falange humana es ejercito o es rebaño, mesnada de esclavos, turba de votantes, recua de trabajadores. Es el patrimonio hereditario afirmado y reafirmado por los hábitos y por las enseñanzas actuales.

Cualquier concepción ideal que se sirva de estos materiales puede abrirse paso inmediatamente, tanto entre la muchedumbre de gentes cultas, como entre la muchedumbre de imbeciles que forman las sociedades civilizadas. Al achicamiento individual voluntario, corresponde la creciente exaltación del Estado, o de la sociedad, o del grupo, cualquiera que sea. Derodillas ante estas grandes y magnificas entidades, nos consideramos felices.

¡Ay del que osa levantar la voz, empuñándose para destacar su raquítica individualidad!

Toda tendencia libertaria es pecaminosa, es desatinada, es vesánica. Levantar sobre la concepción del individuo autónomo el edificio de una idealidad cualquiera, es como erigirlo sobre movediza arena. Contra todo y contra todos chocará la pretensión de que el hombre se valga a sí mismo. No vale que os quepiséis en la afirmación de un cobarde federalismo; no sirve que pongáis sordina a vuestras demandas de independencia. Tanto importa que resueltamente lancéis el reto del individuo libre



en la sociedad de los iguales. Por anarquistas y como anarquistas seréis acorralados, escarnecidos, vilipendiados. La taifa necia de cretinos que dirige el mundo y la necia taifa de eunucos que obedece humilde, os lanzarán por igual y a borbotones los espu-marajos de su rabia y de su cólera.

Están los unos bien, mandando; están los otros bien, obedeciendo. ¿A qué título queréis redimirlos o que se rediman?

Diríase que el autoritarismo ha cristalizado en el entendimiento humano, porque tan difícil es llevar a sus dominios un rayo de luz, de dignidad y de independencia, de valor personal. Y, sin embargo, es el individuo la raíz de todo: trabajo, cambio, consumo; arte, filosofía, ciencia. Del individuo brota, como de manantial inagotable, toda la vida social. Del individuo se deriva, como de una fuerza inicial, y única, cuanto de maravilloso registra la historia humana, cuanto de sabio y de pruden-te encierran las instituciones sociales, cuanto de bello y noble y grande constituye el orgullo de los hombres. Borrada el individuo, y no quedará nada.

Como la roca de los siglos, el autoritarismo desafia todos los rigores. La roca se horrada, se desmenuza, se hace polvo. Unos cuantos minutos, y la roca de los siglos llena el espacio de innumerables fragmentos.

El disolvente del autoritarismo es la rebeldía individual. De la rebeldía individual surge la subversión colectiva. La roca de los siglos lanza al espacio sus incontables fragmentos.

Perdura el autoritarismo. Pugna la libertad por abrirse paso a través de todas las resistencias. Sin igualdad de condiciones, la libertad es un mito. Sólo entre iguales es posible la justicia. El libertario quiere la libertad total, la igualdad total, la justicia total. El autoritarismo, pese a los siglos, perecerá.

(El Libertario, núm. 2, Gijón 17 Agosto 1912.)

## LA ESENCIA DEL PODER

### LAS DICTADURAS

Son consecuencia indeclinable de toda autoridad.

No se generan sólo en la altura. De abajo suelen brotar también prepotentes. Dondequiera que se inicia un proceso, una tendencia, un impulso de dominación, la dictadura germina en campo ricamente abonado. Unas veces toma nombres abortecibles; otras, nombres seductores. Nada envenene tanto al pavo real que decimos hombre como verse dueño y director de los destinos de sus iguales. La dictadura es el galardón más estimado del animal que razona.

En la historia hay ejemplos para todos los gustos. Desde Nerón a Robespierre, la gama dictatorial es maravillosamente varia. De las dictaduras sin instrumento visible son buen ejemplo las revoluciones populares que, inspiradas en un vivo anhelo de libertad se tornan fácilmente liberticidas. Se está en el brocal o en el fondo del pozo. Es la alternativa de las contiendas políticas.

de la codicia, de la ambición, de la envidia, de los celos, del odio y del rencor, vendrá a los senderos de la justicia y del amor, porque en cada hombre palpita el anhelo de renovación sostenido por la llama del bien, medio apagada en el transcurso del tiempo inflame que nos condujo a la vil y actual negación de nosotros mismos.

Esta vida que algunos quieren que nos inspire la alegría de vivir, trae a mi pluma una palabra sucia...

Perdona, lector; no osaré escribirla. Es la alegría de vivir que estuvo a punto de tornarme grosero.

(Natura, núm. 5, Barcelona 1 Diciembre 1903.)

### PEQUEÑAS COSAS DE UN PEQUEÑO FILOSOFO

Cada vez que he intentado representarme la humanidad, se me ha ofrecido como un tropel de animalucos en marcha sin saber por qué ni para qué ni hacia dónde. Al parecer, algunos de estos animalucos, mejor alaviados que los otros, cubiertos de cintajos, plumas y otros menesteres, dirigen el tropel. Realmente no dirigen ni son dirigidos; marchan también, como los otros, en la inconsciencia de la causa, de la finalidad y de la dirección.

¿El tropel humano se nutre y viste como las personas. Hay de todo: harapos y sedas; faisanes podridos y podridas rasas de arengues; brillante pedrería y pestilentes pústulas. A lo largo del camino van quedando los fatigados y los vencidos sin que el resto se inquiete por cosa de tan poca monta. Todos se empujan, atropellan sin miramientos. Es preciso caminar, caminar siempre para no llegar nunca. ¿Por qué, para qué, hacia dónde? ¡Qué importa!

Y el tropel, a ratos, se encrespa. Luchan unos con otros, estos bichos extraviados de que no habla la fauna. Inventan cosas maravillosas, estupendas, para mejor y más pronto aniquilarse. Siempre destruyéndose y siempre renovándose, la caminata continúa invariable en el flujo de millares y millares de seres amontonados al azar, cosidos los unos a los otros, pugnando siempre por zafarse del incómodo atadero.

¿No llegará un día de plenitud para la humanidad?

El hombre es todavía un animal en dos pies. Tiene la presunción de razonar. Cuando razona, el hombre se habrá hecho hombre y la humanidad culminará en el pínáculo de una finalidad, de una causa y de una dirección conscientes. Por eso algunos han inventado el superhombre. Sólo que lo han inventado torpe y cruel como ellos mismos; fiera como la fiera, de que está formado el tropel humano.

Superarse no es regresión a la animalidad; es avance a la humanización. Presuntuosos de una filosofía de bestias, han desconocido la filosofía de los hombres.

El hombre se hará hombre por su individualidad y el tropel humano habrá de superarse por la solidaridad. Dos enormes fuerzas que concurren a la plenitud de la humanidad. Sepa-



sario para alcanzar las cumbres de la gloria. Y a la verdad, y a la justicia, y a la humanidad, ¡que las parta un rayo! Perdone, lector, que no concluya todavía. Estoy en vena de que me zurren los que cantan la alegría de vivir.

Espera un poco, que ahora te toca el turno a la gran colmena social, al mundo del trabajo. ¿Ves todos esos borregos que van y vienen de la fábrica a la pocilga, del sembrado a la cueva, de la buhardilla a la oficina? Pobres maniques que trabajan como bestias, ¡y qué cobardes son! Pues ellos también tienen su corazoncito. Ahora, en el gran vendabal socialista, siguen a los otros, a los fabricantes de programas y de doctrinas, juegan a los comités y a las elecciones. De vez en cuando corre la sangre: se dejan asesinar como mansos. Es que la alegría de vivir los arrastra a la locura. ¡Y cuántas, y cuántas bajas ambiciones, cuántas pobreza, cuántas sordas contiendas por pasar delante en la peligrosa ascensión por la escalera del deseo. Los jefes, los directores, los que despotrican en los periódicos, adoptan asimismo su postura correspondiente y, por la emancipación social de los pobres, a los pobres dividen por el eje llevándolos al fangal de la lucha miserable en que sólo se debaten las ruinas ambiciones, las codicias innobles.

Si, como ha dicho no sé quien, es burgués el que piensa bajamente, ¡todo es burgués en el mundo que tenemos la alegría de vivir!

Ya sé, ya sé que no es solamente basura lo que rebosa del pozo. Hay hombres enteros, verdaderamente grandes; hombres de fe y de sinceridad así entre los que descuellan por su genio y por su talento como entre los humildes que vegetan en el silencio, ignorados del todo; hay hombres, hombres de verdad, en cualquier parte. Para éstos precisamente es la tristeza de vivir, la tristeza mental, de la razón. Para éstos es la tristeza de vivir porque la realidad malsana en que se mueven ahoga toda su potencia vigorosa de bondad y de justicia. ¿Cómo podrían entregarse a la alegría intelectual si todo lo que perdura en derredor es deleznable y vergonzoso? Su refugio es la lucha, la lucha por el bien, por la regeneración del hombre, por la renovación del mundo. Pero la lucha es dolor, es tristeza, es forzamiento brutal de la propia bondad, de la justicia bien sentida. Y, pues, luchar equivale a dolor, la tristeza de vivir, por fealdad que sea en el hombre de bien, es fatalmente la carcoma del corazón y del cerebro.

Repugna, cuando se posee una sensibilidad medianamente desenvuelta, el contacto con todas las porquerías de la vida privada y de la vida pública. Asquea el estómago el continuo razonamiento de la honorabilidad mentida, la justicia ficticia, el amor afectado, la amistad simulada. ¡Desdichado el que va por el mundo en la confianza de su natural bondadoso y recto! Cada desengaño será un hierro candente que le achicharrará la carne. Y los desengaños, uno tras otro, le llevarán lentamente, lentamente a la tristeza de vivir.

¿Revolverse contra el mal? ¡Oh, sí; es necesario! Allá, en la lejanía, asoma el sol fulgente de la nueva vida, la vida digna de ser vivida. La milititud que se refocila en las suculdades de una existencia vergonzosa, la degradada por el azuzamiento

Viniendo a nuestros días, acaso ni mejores ni peores que otros, nada hay más elocuente que las rápidas mutaciones revolucionarias. Contra una dictadura se alza un pueblo y engendra otra dictadura. Joao Franco cae vencido por las bombas republicanas. Y Alfonso Costa se levanta soberbio contra anarquistas y sindicalistas. En la lucha por la dictadura revolucionaria, triunfa, por más despótico, el más decidido. El pueblo hace coro, aclama al vencedor, aplaude la dictadura. No sabría vivir sin amo, sin látigo, sin ergástula. Menos mal que no levanta una horca en cada esquina. Es más cómodo perseguir, encarcelar, deportar. Nos hemos humanizado.

El hecho enseña sencillamente cómo ciertas colaboraciones son demasiado incondicionales y demasiado simplistas. Si en nuestro país diera una revolución el triunfo a los republicanos, con el auxilio desinteresado de las fuerzas sociales, la dictadura republicana se levantaría a las veinticuatro horas para aplastar a la hidra socialista y anarquista. ¿Quién puede, en razón, dudar?

Las dictaduras están en la esencia misma de todo poder y ningún fruto distinto puede darse de un mismo árbol. Las masas populares, cuando se adueñan de una nación, se entregan frenéticas a la dictadura. No hay más que una razón rectilínea y un imperativo omnipotente: su voluntad soberana. Obligar, forzar, imponer es toda la savia de la autoridad, ejérzala quien la ejerza, pueblo, individuo o grupo de individuos.

Por encima de los más bellos propósitos, el determinismo de todas las cosas conduce a la exaltación del triunfador. A un muera suceda un viva, pero se cambia de amo y nada más. Cuando una revolución ha estallado está fecundando otra revolución próxima. Es la consecuencia forzosa del ejercicio de la autoridad, del error político que consiste en creer de toda necesidad la institución de un poder público. El poder, de arriba o de abajo, es fatalmente dictadura, es despotismo, es tiranía. La sola duda es rebeldía y la rebeldía se convierte en acicate de todo abuso autoritario. El aplauso se obtiene nada más que hasta la víspera del triunfo. Al día siguiente, el rebelde es un sujeto presidiable.

La manada de autómatas que grita y patatea ¡Viva el rey! ¡Viva la República! o ¡Viva la Pepa!, se queda tan fresca sirviendo al nuevo señor que brilla en lo alto. La dictadura será el único fruto visible de las revoluciones mientras el pueblo no pierda los resabios autoritarios y el prejuicio del poder.

Antes que cooperar a falaces redenciones, habrá que consagrarse a difundir espíritu de independencia, llevando a las inteligencias la idea real de la libertad, escamoteada con el subterfugio revolucionario por todos los políticos.

No se acabará con las dictaduras ayudando a nuevos amos, aunque se llamen republicanos y radicales.

(Acción Libertaria, núm. 9, Madrid 18 Julio 1913.)



# ENSAYOS FILOSOFICOLITERARIOS

## LA TRISTEZA DE VIVIR

Canten otros «la alegría de vivir». Quien ha visto siempre de frente la vida, quien lleva en los labios continuamente la sonrisa y el alborozo del colegial, incapaz de sostener diez minutos seguidos un sentimiento penoso, quiere cantar hoy la tristeza de vivir.

Contra las profecías inundadas de un amigo, no tengo nada de hipocondríaco; mis horas tristes pertenecen a los veinte años, cuando al caer de la tarde venían sobre mí las melancolías de la **terriña**, las dulces melancolías que me arrancaban hondas canciones. Ahora, ahora, ya entradito en años, no queda más que el disgusto de que no vengan aquellas melancolías con igual intensidad. Después, si alcanzo la vejez, volveré acaso a las murrias de mozelbele, pero no seré jamás un pesimista ni teórica ni prácticamente. Salud, sobre todo, para ver y saber.

No me siento de ningún modo Schopenhauer y, sin embargo, pienso muchas veces como él «que no vale la pena de vivir».

¿Soy pesimista? ¿Soy optimista? ¡Horror me dan las teorías! No soy ni lo uno ni lo otro; miro simplemente de frente a la vida, entendiéndose a la vida tal cual es: sueño luego la vida posible y deseable, la vida digna de ser vivida, y se me atraganta la forzada tesis de la alegría de vivir.

La tristeza de vivir es lo firme para un alma que siente y un cerebro que piensa. ¿Hay más feroz tortura que la de llevar en la sangre todos los anhelos del bien, de la justicia, del amor y quemarse al contacto de todas las maldades, de todas las injusticias, de todos los odios? Se necesita vivir muy para sí mismo, casi en los términos de lo imposible, o ser muy bestia para cantar la alegría de vivir.

Mirad a la vida privada: nada hay que no esté tocado, envanado por la envidia, por los celos, hasta por el rencor. Las más bajas pasiones, los vicios más puercos, los sentimientos más degradantes nos empujan sigilosamente en una guerra despiadada de vibras, a dentellones con toda humana razón, con toda humana bondad. Si queréis permanecer puro y sano, os despedazan a mansalva y sin compasión. Ni aún se consiente ser bueno. Y cuando os habéis imaginado en posesión de una conciencia elevada, de una conducta severa, reparáis, a lo mejor, que muere allá dentro cobardemente el mal, la baja, la basura hereditaria de universal patrimonio. Entonces os sibe la amargura a los labios y exclamáis: «no vale la pena de vivir».

¡Qué terrible lucha! Forcejear constantemente contra sí mismo; atreverse a pasar desdeñoso sobre las miserias ajenas; pelear contra todo y contra todos, y verse de pronto cogido en las redes de la propia mezquindad, de la propia pequeñez, ¡no hay optimismo que no ceda y claudique!

Sí, por la vida digna de ser vivida hay que cantar la tristeza de vivir. La tristeza mental, la tristeza de la razón, que cae como nube funeraria sobre las carcajadas de la carne, del organismo entero que quiere expansionarse sin importarle un ardite del dolor y de la miseria ajenas.

Ampliad un poco el círculo de observación. El mundo político, el mundo de las ideas (?), el mundo literario y artístico, el gran mundo de trabajo, ¿qué os parecen?

Los hombres asemejanse a muñecos de resorte que repletan la consabida frase o la aplauden estrepitosamente. No habemos de las mezquindades, de las farsas, de las ambiciones, de los crímenes ostensibles de la vida pública. Es moneda corriente que no quita ni pone a la honorabilidad de los señores del mar- gen. ¡Qué gran vergüenza haber llegado a tal extremo!

Fábricas de programas, de doctrinas, de teorías, como las de quincalla barata, están dirigidas por las eminencias más afamadas. Cada prójimo se aferra a su tesis y trepa por la escalera sin fin de la audacia de vivir, de vivir a toda costa, al precio de la indignidad, del engaño, de la explotación, hasta del robo y del asesinato. ¡Oh, la alegría de vivir!

Y no sólo los directores. La multitud imita, sino es que obra por impulso propio de la propia manera. La multitud, todos, adopta su postura, elige su **filosofía** y gravemente, seriamente, lucha a brazo partido por lo mejor de lo mejor; una patarata aprendida de carretilla en cualquier sossina leñanta del primer tunante a quien plugo enseñar las artes especiales de su especial quironomancia.

Lo esencial es atropar un nombre, darse una doctrina, encasillarse, ostentar una etiqüeta y jugar luego a los partidos, a las escuelas, a las iglesias, ¿Convicción, creencias, fe, sinceridad? ¡Bah! La inmensa mayoría ni se cuida de encubrir el engaño. No se juega a todas esas cosas **inocentemente**. Cada uno va impulsado por ambición, por envidia, por codicia, y las más ruines pasiones son el motor verdadero de toda agitación.

Mas ahí están los artistas, los grandes artistas, para embellecer la vida. ¡Qué enorme montón de torpezas, de amasijos barbaamente preparados! Ellos también trepan como pueden por la empinada cresta. Cantan el asesinato colectivo posturándose a los pies del César triunfante; pintan las excelencias de la vida de rebuño; dirigen salmos al poderoso e himnos gloriosos a las sanguinarias hazañas de los aventureros de la patria; tienen sus dñoses, sus sacerdotes y hasta sus eunucos. Son tan inmensamente grandes que al menor rasguño de la envidia se desnudan ante el respetable público y muestran el horrible esqueleto carcomido, agüjereado, polvoriento ya. Y entonces ellos también procuran atrapar una etiqüeta, y, una vez atrapada, batallan de nodadadamente por el realismo, por el romanticismo, por el decadenismo y también... por el esteticismo. El **the struggle for life**, digámoslo en inglés para mayor claridad, ello es nece-



# ECOS DE LA VIDA INGLESA

## LAS CHARLAS DE LA B.B.C.

Desde que la señora Margaret Knight diera su primera charla sobre «Moral sin religión», a principios de enero, miles de cartas les han sido enviadas a los directores de la B.B.C. y directores de toda la prensa británica, unas en pro, otras en contra de lo expuesto por la profesora de psicología de la Universidad de Aberdeen, Escocia.

No creo que en tiempo alguno de la historia haya habido cuestión debatida donde, sobre el mismo tema, haya tomado parte tanta gente venida de tan diferentes capas sociales. En el curso de estos dos meses (la discusión continúa bastante viva aún, a últimos de febrero), hemos tenido ocasión de leer en la prensa infinidad de cartas de trabajadores, hombres y mujeres, de abogados, profesores, políticos, autoridades de la Iglesia, filósofos, historiadores, etcétera. Por lo visto estas charlas han hecho estremecer las superficiales creencias religiosas de millones de gentes y disipado las dudas en otras sobre el mismo asunto. Los lectores de CENIT, al leer las charlas de la señora Knight, se dirán: «¿Será posible que una cuestión como ésta haya producido conmoción tal en un país donde la libertad de expresión, de religión, de reunión, etc., ha llegado a ser un culto en sí? ¿Puede darse caso tal en un pueblo cuyos hombres de ciencia, músicos, poetas, filósofos e historiadores, marchan a la cabeza del mundo civilizado?» Sí. Esto ocurre en Inglaterra, a pesar de que lo dicho en estas charlas sobre religión y más haya sido repetido una y mil veces en charlas, conferencias, libros y revistas, estos últimos fácilmente asequibles a todo el mundo a través del magnífico servicio de librerías públicas inglesas. Pero esto me demuestra lo que por mucho tiempo me vengo repitiendo a mí

mismo: que el pueblo (no importa cuál) lee muy poco y que lo poco que lee es lo que no debiera leer. Afirma mi creencia, entre otras cosas también, el escándalo que produjo no hace mucho el libro de George Orwell, «Año 1984», cuando lo adaptaron a la televisión. El pueblo reaccionó horrorizado contra tal «monstruosidad», como si el Estado treinta años antes de esa fecha no controlara ya hasta el menor movimiento de sus súbditos y como si el libro hubiera sido publicado la semana anterior.

La radio y la televisión son medios que podrían ayudar enormemente a sacar de esta apatía intelectual a ese pueblo que de momento no se interesa más que por las ideas hechas. Esto es bien sabido de la iglesia y por eso se cuida de que la B.B.C. le conceda las más horas posibles para sus rezos, charlas, misas y propaganda en general, cuidándose al mismo tiempo de levantar polvaredas como la presente cuando alguien intenta emplear el mismo medio para contradecirle. En el futuro no sé qué actitud tomarán las autoridades de la B.B.C. si alguien se propusiera hablar en el mismo o parecido sentido en que habló la señora Knight, pero a mi parecer, para hacer honor a ella misma, por ser una institución que se dice estar al servicio del pueblo en general (por ser todo él el que contribuye al mantenimiento de ésta) y a su país, que con orgullo se llama madre de la libertad, debería conceder más charlas como éstas y si la iglesia interviniera poniendo obstáculos, decirle «que ella, igual que todo el mundo, debe estar dispuesta a aceptar una crítica razonada sin enfadarse y sin achacar ésta a la mala fe».

J. R.

## MORAL SIN RELIGION

— I —



ESTAS charlas van dirigidas al hombre y a la mujer ordinarios, cuya actitud frente a la religión es la de que ellos no saben concretamente lo que creen. Se casaron por la iglesia; tienen los hijos bautizados; y en raras ocasiones todavía van a la iglesia, aunque principalmente por razones sociales; pero ellos no pretenden creer los credos que repiten allí. Su creencia general es la de que no importa mucho qué opinión tiene un hombre sobre el superior gobierno del universo, en tanto que éste tenga idea clara de cómo comportarse con su

vecino. Y no se inquietan lo más mínimo sobre la religión, excepto por una cosa: ¿qué le enseñarán a los hijos?

Por lo que concierne a las dudas intelectuales, el sentimiento de estos padres ordinarios es: «¿Quién soy yo para juzgar? Yo encuentro estas doctrinas duras de creer, pero muchos hombres capaces las creen; hombres que han estudiado la cuestión mucho más a fondo que yo.» Más aún, a los padres se les dice repetidamente que el Cristianismo es la sola alternativa al comunismo, y que no puede haber sana enseñanza si ésta no está basada en la religión. Cuando la delincuencia juvenil aumentó después de la guerra, ellos oyeron en todas partes que éste era el resultado in-



evitable de la decadencia del sentimiento religioso y de la falta de una enseñanza religiosa sana en casa, y en 1944 se votó una nueva Ley de Educación por la que las plegarias diarias e instrucción religiosa fueron hechas obligatorias en las escuelas del Estado. Así, en general, nuestro padre medio piensa que lo mejor es no arriesgarse. Cuando los hijos sean mayores, ellos pueden decidir por sí mismos; mientras tanto, vale más criarlos en el camino ortodoxo: hablarles de Dios; enseñarles a orar; llevarlos a la iglesia de vez en cuando, y tratar de atajar preguntas delicadas.

### TRES SUGERENCIAS

Yo quiero hacer aquí tres sugerencias: primera, que las dudas que siente el hombre ordinario sobre religión están justificadas, y no hace falta ahogarlas u ocultarlas; segunda, que no hay fundamento para la creencia de que la Cristiandad es la sola alternativa al comunismo, o que no puede haber sana enseñanza si ésta no está basada en la religión, y tercera, quiero hacer algunas sugerencias prácticas a los padres no creyentes, sobre lo que deben decirles a los hijos acerca de Dios y qué enseñanza moral deben darles.

La primera cosa que quiero hacer es definir la palabra «religión», pues es un vocablo usado en muchísimos sentidos. Algunas veces, cuando la gente dice que «cree en la religión», resulta que esto quiere decir más o menos que cree en una moral base, o que cree que existen cosas más importantes en la vida que el dinero y que los éxitos mundanos. No hace falta que diga que no estoy en pugna con la religión en ninguno de estos sentidos. Pero éste no es verdaderamente un uso correcto del vocablo. El «Oxford Dictionary» define la «religión» como: «Reconocimiento por parte del hombre de un poder superior invisible que tiene dominio sobre su destino, y que tiene derecho a obediencia, reverencia y adoración». Ese es el sentido en que voy a usar el vocablo religión en estas charlas; y por «Cristianismo» quiero decir, sobre todo, las creencias esenciales de la religión cristiana, esto es, cuando menos; que este «poder invisible» es omnipotente y completamente bueno; que Cristo era divino; que El resucitó de entre los muertos; y que los seres humanos sobreviven a la muerte corporal. Esto es, brevemente terminada, la creencia cristiana; existe mucho más que eso en el credo oficial de la Iglesia.

Yo no vengo a destruir las convicciones cristianas de gentes en quienes han echado raíces profundas y para quienes éstas significan una gran cosa. Y estoy segura de que nada de lo que yo diga aquí tendrá el menor efecto sobre los creyentes de esta clase. Pero lo que yo quiero debatir es que en un clima de pensamiento que es crecientemente desfavorable a estas creencias, es una equivocación tratar de imponerlas a los niños y hacerlas la base de la educación moral. La educación moral de los niños es una cuestión demasiado importante para ser edificada sobre tales cimientos.

En cualquier discusión religiosa, tarde o temprano se le hace recordar a uno que «la ciencia no es todo» y que «la lógica no es todo». Eso es perfectamente verdad; existen muchísimas actividades humanas; el arte, la música, la poesía, por ejemplo, a las que la ciencia y la lógica le son ajenas. Pero la religión no se encuentra en esta categoría, pues la religión, diferente de la música, del arte y de la poesía, es un sistema de creencias. Y un sistema de creen-

cia que sea aceptable debe satisfacer el criterio ordinario de la razón: las creencias deben ser compatibles entre sí y no distintamente en conflicto con los hechos. Las creencias ortodoxas cristianas pueden asegurar no satisfacen estos juicios.

### «INCONSISTENTE CON LOS HECHOS DEL MAL»

Voy a tocar un punto que creo es crucial. La teología ortodoxa cristiana, es completamente inconsistente con los hechos del mal. Esto no era tan palpable en los tiempos antiguos, cuando la gente creía en el Diablo. Considerar el universo como un campo de batalla entre Dios y el Diablo, con los tantos sobre Dios, que digamos, al menos no hacía violentar los hechos. Pero ahora la mayoría de los cristianos ha dejado de creer en el Diablo; y la creencia ortodoxa es (como en realidad fué siempre, pero el Diablo desapareció no sé cómo) que el universo está regido por un Poder simple, todopoderoso y totalmente caritativo y que todo lo que ocurre, ocurre por Su voluntad. Y eso levanta dificultades intelectuales insuperables. ¿Pues por qué habría de crear tanto mal este Ser todopoderoso y totalmente caritativo? No es una respuesta convincente el decir que el mal es simplemente un medio hacia el bien. En primer lugar, no hay razón para creer que esto es siempre verdad; y segundo, aunque fuera verdad, no sería una respuesta; pues un Ser que fuera verdaderamente todopoderoso no necesitaría usar malos medios para alcanzar sus fines. No es respuesta decir que Dios no es responsable del mal, que el mal es debido al hombre, quien ha hecho mal uso de su libre albedrío y desafiado los edictos de Dios. Porque no es verdad que todo el mal en el universo es debido al hombre. El hombre no es responsable de la lepra, de la gangrena y el cáncer, tomando unos cuantos ejemplos solamente.

Algunos cristianos, cuando se ven enfrentados con estos hechos, tratan obstinadamente de convencerse a sí mismos de que la enfermedad, el dolor y la miseria no son males realmente; ellos son estados apetecibles, mercedes encubiertas, si pudiéramos verlas. Pero, si eso es así verdaderamente, ¿por qué tratamos de curar la enfermedad, y creemos un mal infligir dolor? ¿Por qué curó Cristo a los enfermos? Pero de cualquier forma nosotros podemos dejar el sufrimiento humano fuera de la discusión, porque el sufrimiento animal presenta un problema mayor aún. ¿Por qué un Poder omnipotente y caritativo habría de hacer a los animales presa los unos de los otros para la comida? ¿Por qué llevar al gato el instinto, no meramente de matar ratones, sino de torturarlos antes de matarlos? No hay respuesta posible al dilema que con tanto poder fué expuesto por San Agustín: «O bien Dios no puede prevenir el mal o no quiere. Si El no puede, El no es todopoderoso; si El no quiere, El no es bueno del todo».

Esta dificultad se presenta a todas las religiones que sostienen que existe un poder omnipotente y caritativo que gobierna el universo. La doctrina específicamente cristiana presenta muchas más dificultades, sobre las que no me extenderé. Yo no insinúo que estas doctrinas han sido refutadas; la mayoría de ellas no son susceptibles de refutación. Pero es innegable que en el actual clima de pensamiento científico, la creencia en estas doctrinas está llegando a ser cada día más difícil de mantener. Lo mismo que, para tomar lo que yo considero como un caso paralelo, ahora es casi imposible para nadie el creer en bru-



jas. Y no creo que ningún hombre de ciencia ha refutado nunca su existencia.

### ANTIINTELLECTUALISMO PROVOCATIVO

Realmente, hoy no existe gran empeño en defender el dogma cristiano por medio de razonamientos. La actitud de costumbre entre los creyentes ortodoxos es un antiintellectualismo provocativo. Los apologistas populares cristianos son hombres como Kierkegaard, quien lanzó la famosa proclama de «El Cristianismo pide la crucifixión del intelecto», como si esto fuera un gran galardón en favor del cristianismo. ¿Es seguramente pesimista el creer que doctrinas que incluso sus propios adherentes describen en tal sentido proporcionan las bases naturales para la moral y la sola alternativa al comunismo? La situación es más prometedora que todo éso.

De cualquier modo, por lo que respecta a la educación moral del niño, me doy cuenta que puede presentarse un caso, y se presenta algunas veces, incluso en no creyentes. Así permítaseme intentar presentar este caso, como alguna vez me ha sido expuesto a mí misma. La gente dice: «Naturalmente, ya me doy cuenta que estas creencias no son literalmente verdad. Pero después de todo los niños no son guiados literalmente; ellos piensan naturalmente en símbolos y leyendas. Así, ¿por qué no hacer uso de esta tendencia en la educación del carácter? No vale la pena dar lecciones frías de ética al niño; la enseñanza moral ha de tener calor, color e interés. Por tanto, por qué no darle ésos por los medios que aparecen prestos ante nuestras manos, los mitos de la religión, y las conmovedoras y bellas ceremonias de la iglesia? El niño cesará de creer en los mitos a medida que crezca, pero eso no importa; ellos habrán conseguido su objetivo».

Estoy de acuerdo de que la educación moral no puede ser friamente racional. Debe contener color, calor e interés. Uno de los mejores caminos para conseguirlo, es dándole al niño muchos modelos que él pueda admirar e imitar. Decirles muchos cuentos excitantes sobre acciones valerosas, heroicas y desinteresadas, cuentos que les impulsen y emocionen y les hagan pensar que esa sería la clase de persona que ellos mismos quisieran ser. Esto podía ser mucho más efectivo, incluso a esa edad, que atar la idea de bondad a la iglesia y a la religión, y así no existe el mismo riesgo de que más tarde, si el niño deja la iglesia y abandona la religión, puede abandonar también la moral.

Pero consideremos al pequeño primero. Si éste es criado en el sentido ortodoxo, aceptará de buen grado todo lo que se diga para empezar. Pero si es normalmente inteligente, está inclinado casi a creer que existe algo anormal en las manifestaciones religiosas. Si se le lleva a la iglesia, por ejemplo, oye que la muerte es el paso a la vida eterna y que ésta debe ser bien recibida más bien que esquivada; sin embargo en la calle, él ve que ésta es considerada como el mayor de los males y que se hace todo lo posible por diferirla. En la iglesia oye preceptos como, «No resistas al mal», y «No pienses en el mañana»; pero pronto se da cuenta que estos preceptos no son para ser practicados en la calle. Si hace preguntas, recibe respuestas evasivas y desconcertadas: «Bien, querido, tú no eres bastante grande aún para comprender, pero algunas de estas cosas son verdad en un sentido muy profundo», etc. El niño pronto se hace a la idea de que existen dos clases de verdades, la ordinaria y

la otra, más bien confusa y ligeramente desconcertante sobre la cual vale más no indagar muy de cerca.

Todo esto es mala educación intelectual. Ello tiende a crear una cierta timidez intelectual—una desconfianza en la razón—, una sensación de que es tal vez de mal gusto mantener una discusión hasta su conclusión lógica, o rechazar el aceptar una creencia basándose en la falta de datos concretos. Y esa no es una posición agradable en los ciudadanos de una democracia libre. De cualquier forma, yo estoy tratando aquí mayormente de los peligros morales mejor que de los intelectuales, y éstos tienen lugar cuando el niño confiado llega a ser un adolescente escrupuloso. El puede entonces abandonar todas sus creencias religiosas, y si su educación moral ha estado íntimamente ligada con la religión, es más que posible que la educación moral desaparezca también. Puede pensar que todo fueron cuentos de viejas, y ahora no sabe dónde se encuentra. En esta posición puede ser muy vulnerable a la propaganda comunista, si un comunista se le acercara y le dijera: «Bien, has terminado con los cuentos de hadas; ahora estás en posición de escuchar la palabra de los mayores». Lejos de ser una protección contra el comunismo, la moral atada a la religión puede ayudar a conducir a la gente a los brazos de éste.

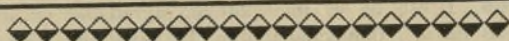
Sobre la cuestión de comunismo es una equivocación, creo, considerar al cristianismo y al comunismo como a dos grandes fuerzas rivales en el mundo de hoy. La oposición fundamental está entre el dogma y la perspectiva científica. Por un lado, cristianismo y comunismo, los dos dogmáticos sistemas rivales; por otro, el humanismo científico que se opone a ambos. Intentar combatir al comunismo reviviendo a la cristiandad, es una tarea deplorable. Es lo mismo... —¿cómo diré?—; lo mismo que tratar de combatir la creencia en los platillos volantes reviviendo la creencia en brujas montando en mangos de escobas. Yo no quiero llevar esa analogía al extremo, pero lo que quiero decir es que esto es igual que expulsar un nuevo mito reviviendo a uno viejo, en vez de marchar adelante en busca de algo más fundamental que el mito. El humanismo científico, esa es la respuesta constructiva. Llamándolo científico ni quiero decir que éste es crudamente materialista, ni que éste cree que no existe nada importante aparte lo que ocurre en los laboratorios: nada de esto. Científico porque no considera una virtud el creer sin pruebas para ello; científico porque se ocupa de las hipótesis, no de los dogmas; hipótesis que son constantemente comprobadas y revisadas a la luz de nuevos hechos, más bien que de pretendidas verdades inmutables que es herejía el consultar. Y humanista porque se ocupa de los seres humanos y de esta vida, más que de los seres sobrenaturales y otro mundo; porque cree que el bien principal reside en la felicidad y desarrollo humanos—hombres y mujeres se dan completa cuenta de sus aptitudes de afectión, felicidad y conocimientos intelectuales y estéticos— y consideran estas cosas como más importantes que cualquier ideología o abstracción, ya sea la iglesia, el Estado, el plan quinquenal o la vida futura.

En esta primera charla he sido indudablemente más que nada negativa. Pero en mi próxima espero ser más constructiva; espero presentar el humanismo científico en su aspecto positivo y volver a las cuestiones que toqué al principio de esta charla, por ejemplo, ¿cómo han de encauzar la educación de sus hijos los padres humanistas?

Margaret KNIGHT



## OPINIONES



# EL TIEMPO, enemigo del hombre



ACE veinte años, tuve ocasión de describir detalladamente un curioso vicio, o, si se quiere, enfermedad anímica del del hombre moderno: la Cronofobia. Tal como la Agorafobia consiste en la imposibilidad de atravesar un espacio determinado (una plaza ancha, un pasillo central de un teatro, un puente, etc.), así existe un número siempre creciente de personas que sufren verdadera angustia tan pronto como se abre ante ellos un «espacio de tiempo» vacío. Por esta razón, esbozan «programas» para su jornada, proponiéndose hacer cinco o seis veces más de cuanto su tiempo alcanza, pero finalmente no hacen nada. Una solterona se cuelga del teléfono a las ocho de la mañana, llama a cinco o seis amigas y fija citas con ellas para las 10, las 11, las 12... y a las 12 y media todavía esta telefoneando. Si observamos más de cerca a aquellas personas que se quejan incesantemente de que «no tienen tiempo para nada», resulta resulta que en realidad no hacen nada, o casi nada. De todas formas, hacen mucho menos que aquéllos que no se quejan de que el tiempo les falta.

«El tiempo es el peor enemigo del neurótico moderno», solía decir mi maestro Alfred Adler. Hay más, sin embargo: el tiempo es el peor enemigo del hombre en general. **Tempus est dolor**; así rezaba el primer axioma filosófico de Diego Ruiz, curisísimo filósofo andaluz de principios de siglo, primo hermano de Pablo (Ruiz) Picasso, quien fué el primer español que comentó una obra de Freud. Sin embargo, la idea ya no era nueva. Franz von Baader, filósofo alemán romántico del siglo pasado, y a quien empiezan a redescubrir poco a poco en Alemania, hablaba ya de la «tortura del hombre sumergido en el tiempo». Se imaginaba el filósofo de Munich al hombre, zambullido en el tiempo, semejante a un bastón sumergido en una fuente de agua mineral que lo cubriese de una costra dura, petrificándolo. Así se «petrificaría» también el hombre, por los efectos del tiempo.

En nuestros días, el gran novelista francés Marcel Proust en su obra «En busca del tiempo perdido», describe el efecto del tiempo sobre el hombre, como si aquél redujera a éste «a su propia reproducción en piedra pómez». Y el poeta francés Paul Valéry, hacía decir a su **Monsieur Teste** «Sufro en mi tiempo» (J'ai mal à mon temps!) Recientemente, el gran filósofo español José Gaos, describía el tiempo como una de

las pocas «exclusividades del hombre»; que éste no comparte con los demás mamíferos. En realidad, toda la filosofía moderna parece girar en torno a este problema de «Ser y Tiempo», desde Heidegger a Ortega y Gasset. Sólo la vivencia del tiempo convierte al ser humano en un ser histórico: nuestra «historicidad» nos viene del tiempo. Y podríamos variar una frase de Fichte, diciendo «Díme cual es tu vivencia del tiempo, y te diré qué clase de hombre eres...»

Recientemente, la psiquiatría empieza también a interesarse por aquellos síntomas de enfermedad psíquica en que la «vivencia del tiempo» aparece perturbada, y esto, dicho sea en honor de Hispanoamérica, especialmente en el Perú, con Honorio Delgado, decano de la psiquiatría del continente, y en Venezuela, con el catalán Josep Solanes. Claro está que en el origen de este interés hallamos una maravillosa obra psiquiátrica del franco-ruso Minkowski, «El tiempo vivido»; este autor partió de la idea de aplicar la filosofía del tiempo de Bergson sobre los estudios de la psiquis enferma.

Aun en las personas normales, la experiencia o vivencia del tiempo es sumamente variable. Para el niño, el tiempo es dos veces más «largo» que para el adulto, y el tiempo del anciano es dos veces más «corto» que para el adulto. Y es que al lado del tiempo cronométrico que miden nuestros relojes, existe un «tiempo biológico» estudiado admirablemente por Alexis Carrel (quien antaño se hiciera famoso con su libro «El hombre, este desconocido») y su discípulo Lecompte Du Nouy. Los dos «tiempos» no coinciden. Se puede medir incluso el tiempo biológico mediante el llamado «índice de cicatrización». Una herida en un niño se cicatriza mucho más rápidamente que en el adulto, y en éste, que el en anciano. Cuando, en la guerra del 14, el hijo de Clémenceau fué herido, se le comunicó a Carrel la extensión, en centímetros cuadrados, de la herida, así como el tiempo que ésta tardó para cicatrizar, y basándose sólo en estos dos datos, el sabio francés supo indicar con exactitud la edad del herido. Cicatrización y tiempo se hallan, pues, en estrecha e íntima correlación.

Un psicólogo de la Columbia University de Nueva York, hizo hace ya unos veinte años, otros descubrimientos sumamente curiosos acerca de nuestra vivencia en el tiempo; es una lástima que ni psicólogos, ni biólogos, ni filósofos, citen nunca sus resultados. Descubrió, entre otras cosas, que la vivencia del



tiempo en el varón es distinta de la de la hembra; llegó a explicar de este modo por qué las damas dependen siempre de llegar con retraso a sus citas, mientras que los varones solemos ser más puntuales.

Un genial pensador vienés, Otto Weininger, autor de un libro muy nocivo sobre «Sexo y carácter», traducido en la Argentina hace diez años y con casi treinta de retraso, observaba como precisamente los genios y los criminales vivían su «tiempo» de una manera diferente de los normales. Y el tiempo es, en el fondo, el protagonista de tantas y cuantas obras de la literatura de todos los tiempos, desde Jorge Manrique hasta las novelas modernas, como «La montaña mágica», de Thomas Mann, o las novelas del brillante autor inglés Claude Haighton, extrañamente ignorado por la mayoría de los catadores de la alta literatura actual.

El hombre procura luchar contra su peor enemigo: el tiempo, procurando «suspenderlo». Hay que matar el tiempo, afirma el español, y para ello cualquier método es bueno. Las armas que empleaba en esta lucha Marcel Proust, tal como se desprende de su «novela fluvial» ya citada, eran: la imaginación, la música, el sueño y el recuerdo. El recuerdo es, para emplear el término de Gerhard Hauptner — originalísimo pensador alemán, punto menos que desconocido incluso en su propia patria — la fuerza capaz de «conservar el tiempo», de detenerlo, de «embotellarlo». Por esta razón, habla de **Zeitkonserven**, o sea «conservas del tiempo», en analogía a los botes de conservas de alimentos (aún cuando se excuse inmediatamente de no haber encontrado ninguna designación mejor). De una manera curiosa, enlaza este pensador la «conserva del tiempo» con la creencia en los fantasmas, que en francés se llaman «revenants» o sea «los que vuelven». Designa incluso al delincuente, al criminal, como «su propio **revenant**, su propio fantasma o espíritu y nos recuerda la curiosa observación de que alguna fuerza misteriosa obliga al criminal a regresar al «lugar de autos», al lugar de su crimen. «¿Quién no habría intentado conservar un pedazo de tiempo como en una nevera?», exclama. Pero no podemos entrar aquí en más pormenores de sus interesantes elucubraciones.

La vivencia del tiempo resulta diferente según nuestra pertenencia étnica a tal o cual pueblo. Para el hindú, «no existe tiempo perdido», como reza un hermoso verso de Rabindranath Tagore; es tan sólo el blanco, el occidental quien parece correr continua y desesperadamente tras el tiempo, y todo tiempo para él es en definitiva «tiempo perdido», ya que siempre se le escapa de las manos. A tal punto resulta distinta la vivencia del tiempo del oriental y del occidental, que acaso la línea divisoria más clara entre esas dos grandes mitades del pueblo que son los judíos, que antaño fueron expulsados de España, los **sefardim**, y los que son oriundos de Polonia, Rusia y Europa Central, los **aschkenazim**, es su modo completamente distinto de «vivir el tiempo». Los primeros «no tienen ningún sentido del tiempo» como el oriental y el hispano (por lo menos así lo afirman los nórdicos); en cambio, los segundos son tan industriales, tan torturados por el tiempo como el germano o el anglo-sajón, para quienes **time is money**,

«tiempo es dinero»; que viven como perseguidos por el tiempo, y al final de la alocada carrera sufren un derrumbamiento nervioso. Y no hablemos ya del indio americano, para quien el tiempo no parece existir; incluso hasta su vivencia del tiempo podría sernos prueba suficiente para probar su origen asiático lejano, sin todas las demás pruebas ya claramente establecidas.

El hombre moderno ha inventado otro medio para emanciparse de la servidumbre del tiempo, o por lo menos cree haberlo inventado. Me refiero «a la velocidad». Sin duda, la velocidad supersónica es el arma más poderosa contra nuestra esclavitud de la «temporificación». No faltan sabios que vaticinan la creación de aviones tan veloces como para vencer la rapidez de rotación de la Tierra. En este caso, realizando el sueño de H. G. Wells de la «máquina del tiempo», podríamos salir de Nueva York, y regresar, dando vuelta a la tierra, unas horas antes de haber partido. (Una experiencia de ello, la tuve el verano pasado: envié un radiograma de Estocolmo a Mérida (Venezuela), a las **doce** en punto, y se recibió en Mérida a las **once** del mismo día.) El que vuela de Europa a los Estados Unidos, saliendo por la mañana, puede viajar veinte y cuatro horas «sin que nunca se ponga el sol».

Desde luego, el hombre no ha sabido adaptarse todavía a la velocidad; a menudo es su víctima y su esclavo. La velocidad lo embriaga, llega a serle una droga. He podido observar en ciertos enfermos psíquicos, típicamente «cronóforos», una manía de la velocidad comparable a la morfomanía o al alcoholismo. A esta «velocimania» — si podemos llamarla así — se deben numerosísimos accidentes, en la carretera como en el aire. Y no obstante, será acaso un día la velocidad, esa nueva diosa que el hombre civilizado parece adorar con exceso, la que sepa protegernos contra el tiempo, el enemigo implacable del hombre.

¿El tiempo, «exclusiva del hombre»? ¡Dudosa exclusiva, por cierto! Es como una de esas enfermedades de las que los demás mamíferos se ven protegidos y que sólo es capaz de atacar y de aniquilar al hombre. En efecto: el tiempo es dolor, el tiempo es una enfermedad del hombre civilizado occidental, dolencia por ahora incurable para la cual no crecen remedios en nuestros huertos ni se fabrican medicina en los laboratorios modernos. Para curarnos de nuestra angustia del tiempo, de nuestra cronofobia, de nuestra **cronopatía**, enfermedad de la civilización, acaso tendríamos que inspirarnos en los ejemplos del oriental y del indio americano, para los cuales el tiempo no parece existir.

F. Olivier BRACHFELD

Sólo una perversión moral puede hacernos llamar forajidos a seis descamisados que merodean en los alrededores de una ciudad, y héroes a seis mil bandoleros uniformados que invaden el territorio del vecino para arrebatarle propiedades y vidas.—GONZALEZ PRADA.



# EN TORNO AL NATURALISMO BARRET Y THOREAU



OY día que el fenómeno de la concentración económico-capitalista, agiganta de más en más la mayoría de las ciudades del Nuevo Mundo, como así de algunas de Eurasia, Africa, Oceanía, etc., pienso en la reacción contra ese «multitudinismo urbano» ya manifestada en tiempos de la antigua Grecia y en pensadores o movimientos ruralistas, que se han ido escalonando hasta el siglo XIX y comienzos de la vigésima centuria. La gigantasia capitalista urbana, modeladora de la convivencia social esclavocrata que caracteriza a la sociedad dominista actual, tiene por finalidad, mediante los sistemas del capital privado (mundo occidental) y capital de Estado (mundo oriental), la perpetuación legalmente arbitraria de la esclavitud social, que es mejor conocida, con el nombre de «civilización».

En Australia y Sudamérica, como así en el Africa negra esclavizada por bárbaros doministas de piel blanca, dicho fenómeno es aún más palpable, por hallarse la concentración capitalista urbana, reducida nacionalmente a limitado territorio, en donde está edificada la metrópoli que sirve de capital.

El vocablo «sociedad» origina del de «ciudad». La misma existencia de la ciudad, es motivo de esclavitud y tiranía. Contra la «ciudad» asentada sobre la autoridad, protestaron los filósofos del Cynosargos, desde Antístenes a Crates y cuyo refractario principal fuera Diógenes de Sinopo. Otras escuelas helenas adoptaron la posición de los cínicos y precediéndolas, la sofística enseñada en las ágoras por Protágoras, Gorgias, Sócrates, etc., afirmaba la «desobediencia a las leyes urbanas», con el fin de vivir «según la naturaleza». Los griegos de tendencia libertaria se dieron cuenta «que la organización urbana significaba la esclavitud humana». La creación del «burgo» (hoy pueblo, ciudad, etc.), con su habitante el «burgués» (hoy ciudadano) y la desaparición del libre nomadismo, con la sujeción del trabajo dependiente, fueron las piedras angulares de la sociedad autoritaria, bárbara, militocrata y esclavocrata, que viene imperando por todos los ámbitos del globo.

## II

Después de ensayar diversos métodos con el fin de reformar y «regenerar» a la sociedad, algunas personas se dieron cuenta que «la acción social no tiene ningún carácter de libertad». Estas palabras de Eurípides demostraron ya, que

«el mal no reside en tal o cual forma de la sociedad, sino en la sociedad en sí». Entonces, a semejanza de la escuela cínica, se trató de «retornar hacia la naturaleza», pero sin lograr más que el deseo de hacerlo, debido a que la ciudad es una consecuencia del «instinto» humano y éste viene haciendo añicos a los argumentos de la razón. Sin embargo, ese retroceso hacia el nomadismo natural, fué mistificado por algunos pensadores modernos, que llegaron hasta «divinizar» a la naturaleza, con un dogmatismo que conduce a la sensiblería. No pocos fueron los Rousseau (Ensueños de un paseante solitario) y los Flammarion (Dios en la naturaleza), que creyeron ver en dama Natura, la panacea a nuestros males sociales. Para ello entendieron que la naturaleza era el «summum de la bondad y la perfección». Nada más erróneo...

## III

Barret, astro de primera magnitud en la literatura libre sudamericana, al que sólo puede compararse un Ingeniero en Argentina y un González Prada en el Perú, ha dejado fragmentos admirables que deshacen por completo la ingenua pretensión del naturismo deista. «La naturaleza—escribe—no es saludable ni nociva, alegre ni triste, buena ni mala. La naturaleza es y nada más. ¡Bendito optimismo, evocador de no sé qué naturaleza de clima templado, de jardinillo y auras y arroyuelos y abejitas laboriosas! En cuanto a la naturaleza de los desiertos de arenas calcinadas o de hielo, de volcanes de la Martinica y terremotos de Messina (1), y de pelicanos que ofrecen sus entrañas, y aves de contrabando que hacen empollar sus huevos por el prójimo, y hembras que devoran la mitad de sus crías, y tórtolas y buhos y hienas y cisnes; la naturaleza del canibalismo y de la bulimia y de las plantas insectívoras y de los largos ayunos invernales, de mantis y arañas que se comen a sus machos enamorados y de efímeras que no hacen sino amar y no se nutren y ni siquiera tienen boca; la naturaleza de la hormiga, del ruiseñor y del vampiro; de los seres que viven suspendidos en un rayo de luz, hundidos en el fétido fango, flotantes en el mar, confundidos con la podredumbre de los cadáveres o con la borra de sí mismos, seres con demasiados sexos o sin sexo, solitarios o en masas, invisibles o enormes, a veces sin forma, a veces momificados, a veces engendrando de pronto especies imprevistas, seres de locura, que palpitan horas, minutos, segundos, parásitos innumerables que habitan la carne ajena, que hacen su nido en un glóbulo de sangre», etc. Y epílogo: «... todo muere. Mueren los individuos y las razas, los astros y los átomos: la corteza terrestre es un vasto Gólgota de fósiles; cerca de nosotros, livida faz en que se han petrificado los espas-



mos de la agonía, gira la luna difunta. No sabemos si nace cuanto merece nacer, pero sabemos que todo muere aunque no merezca morir. Con igual indiferencia, el destino apaga las estrellas y los ojos de los hombres».

## IV

Si el nomadismo por el cual optaban los cínicos era también «natural» aunque libre, la «ciudad» que combatían, la actual sociedad, está «naturalmente» *calcada de la barbarie que impera en la naturaleza*. La sociedad es, pues, completamente «natural», aunque irrazonable ante nuestra tendencia bondadosa. Darwin es tan verídico hoy como antaño y lo será siempre: en la naturaleza impera «THE STRUGGLE FOR LIFE» (la lucha o el combate a muerte por la supervivencia del individuo o de la especie). Claro está, que en el seno de una misma especie (como en una familia uterina humana), existe cierto «apoyo mutuo» (especie de tregua en la lucha) y es lo que se deduce tras la meditación de la difundida obra de Kropotkin «THE MUTUAL AID». Los leones se ayudan entre ellos, pero infeliz del venado que cae en sus garras. Desgraciado del leopardo que sucumbe triturado por los anillos de los grandes ofidios selváticos. La guerra existe perpetuamente en la naturaleza, en donde el bruto y el fuerte predominan sobre el débil.

Willis (2), el último de los navegantes solitarios, escribe en la descripción de su aventura, cómo delfines y tiburones se entredoraban o hacían desaparecer en sus temibles fauces a las bancadas de pececillos que se cruzaban con ellos. Recuerdo haber visto, viajando por un riacho del Alto Paraguay, a los diminutos y temibles peces pirañas, despedazar y comerse vivo a dentelladas, a un yacaré herido. Podría citar mil ejemplos, mas no es necesario, porque están al alcance de todos. Fijémonos en un momento en el hombre, ese implacable asesino de numerosos animales (3), debido a su astuta inteligencia, y en aras de su majestad el estómago. No, la naturaleza no es «paz idílica», sino lucha constante. Por eso, *nuestra sociedad, a imagen de la «naturaleza» es tan bárbara e implacable* (4). En dicha naturaleza podremos descubrir, «si queremos, la caricatura de todos nuestros crímenes» (Barrett dixit).

## V

Sabido es, no obstante, que todo ser de sensibilidad artística, capta en la naturaleza, una belleza, al margen de la barbarie que en ella impera: mares de nubes blancas, cuyos picachos nevados de montañas desgarran ese «plafond» del cielo; inmensidad de los océanos en donde, al decir de Jammes «*c'était les eaux, les eaux et les eaux*»; arroyos reclusianos deslizándose hacia los ríos, esos «*chemins qui marchent*»; paz bucólica de las campiñas solitarias; amaneceres en el libre mar u ocasos majestuosos de la cordillera andina; contemplación del cielo tamizado de astros, etc., etc. Tal es la *bioestética* o sensación de belleza captada por el artista, creación visual de él mismo, más bien que de la propia naturaleza. Pero por cierto muy relativa. Pues la incomparable visión de los macizos andinos, en el altiplano sudamericano, que deleita al poeta de paso, nada dice al pobre indio de poncho raído, devorado de hambre y aterido de frío. Nada dice, tampoco, la «belleza del mar», al miserable pescador riograndense, luchando te-

nazmente por el sustento. El peón esclavizado de los sertones (5), desconoce la belleza de la Amazonia, y el esclavo de los yerbales, sólo ve en la selva un «infierno verde». Yo he caminado durante días, leguas y leguas, a través de los esteros y los montes de la zona subtropical paraguaya, de una grandiosa belleza virgen desconocida para los escasos y toscos lugareños; un indio que fué compañero mío por un tiempo, no acababa de comprender el mismo común sentido de la «belleza» del hombre blanco.

(El párrafo que sigue marca cuartilla 8 bis. ¿Dónde entra?)

En la memoria de todos está la gran marejada en el mar del Norte, en el invierno de 1952, que rompió los diques holandeses e inundó los Países Bajos, causando numerosas víctimas y devastando el país. ¿Y qué pensar del huracán Hazel? Nacido en el Caribe, en donde causó una gran tragedia, se abatió con un *salvajismo* bien «natural» sobre ambas Carolinas, Nueva Inglaterra y el Canadá oriental (otoño de 1954). Los supervivientes de dichas barbaries, saben sin duda que, en la «naturaleza», no todo son rosas y trinos de pájaros.

## VI

Del mito del «naturalismo bondadoso» surgió el engendro del «naturismo». Se trató de «regenerar» a la sociedad mediante el boicot a la carne como alimento humano y la adopción del «vegetarismo». Nada cabe escribir aquí contra la forma de vivir de un individuo o de un grupo de individuos; pero, en donde aparece la locura es en un naturismo dogmático, de esencia religiosa y con pretensiones megalómanas. Dejemos la pluma a Barret: «... que el régimen vegetariano nos convenga, que el agua, el aire y el sol nos estimulen, es posible, probable, plausible. Lo curioso es que se atribuya al problema proporciones desmesuradas, al punto de remover el cosmos y adoptar una religión para justificar las compresas húmedas»; «... la salud aparece como un término medio, casi nunca realizado; aparece como un equilibrio fugaz, pronto deshecho en el torrente vertiginoso del mundo. No me refiero al hombre, al pecador (6), sino a la entera escala zoológica y botánica. Para convencerse, no es preciso abrir un manual de patología comparada; interrogad a un horticultor, a un ganadero, a un criador de aves de corral. Los animales, ya salvajes, ya domésticos; las plantas, ya cultivadas, ya silvestres, se enferman y se pudren igual que nosotros. Y aun lo que no vive parece desfallecer: los metalúrgicos hablan de la fatiga de las aleaciones; los joyeros de las dolencias de las piedras. Donde se dibuja un organismo, se instala tarde o temprano lo morboso, con su lúgubre desenlace»; «la naturaleza es misericordiosa, es salud y alegría! Si nos enfermamos es por habernos salido de la naturaleza. Una de dos: o las enfermedades de la bestia y del árbol son pura broma, o el árbol y la bestia pecaron también»; «¿por que entonces el elefante se extingue, la honesta vaca padece de tuberculosis y el noble caballo mal de cadera y muermo? Confesemos que es más brillante el aspecto del águila y del tigre»; «en todo naturista hay un ingenuo tau-maturgo», etc.

Nuestros naturistas «sociales» no vivían en el Canadá ártico, en donde los itús tienen como único alimento la carne cruda de caribe... Meditemos a *Wander* si ello nos place, pero también al doctor Besançon (LES JOURS DE L'HOMME).



## VII

Hasta aquí hemos acompañado a Barrett, pero lo dejamos con este error de peso: «Es evidente—escribe—que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales». Lo que significa parafrasear a Sócrates y caer en la ingenuidad de los cínicos. *La sociedad humana es una prolongación, bien bárbara, de la naturaleza...*

Thoreau, el filósofo de Walden, la figura más grandiosa de la Atenas de América (7), naturalista por vocación, por estudio realista y por sensibilidad biotética, libertario libre en un mundo convencionalista, entendía muy bien lo transcrito de Barrett sobre la naturaleza, sabía de la implacable lucha que en ella impera; pero, tenía la habilidad de interpretar su *parte buena*, libertariamente.

Barrett está influenciado por la trayectoria socialista libertaria de una época; por eso desemboca en la «sociedad» *mal superlativo del mal natural*. A Thoreau no lo pudo influenciar ni el mismo Emerson, con su poema cerebral «*La Naturaleza*». Entendía que la libertad se halla, en el mismo seno de la naturaleza, oponiendo al determinismo caótico de ésta, el propio determinismo de libertad y armonía.

## VIII

La «sociedad» es el antagonismo de la libertad. En efecto, ¿qué es lo que quieren los an-arquistas? (8). *La Libertad*. Pues acompañando a Thoreau, la encuentran en una naturaleza, por ellos determinada. Los an-arquistas son apatridas (ignoran la noción de «patria»), como todas las aves que surcan los cielos o los animales que viven en la tierra. Son refractarios al «trabajo» dependiente: los pobres animales domesticados por *ecce homo* y el animal «societario» que es el hombre, trabajan absurdamente. (El dicho «vida de perro», por su sentido, conviene al hombre y no al perro.) Son partidarios de un idioma mundial. (Sobrenadan aún el esperanto, el ido, el occidental y el interlingua entre los hombres, aunque la gran masa humana habla lo más diversa y confusamente posible.) Cualquier especie animal habla desde hace siglos, el mismo «idioma». Son contrarios a la «familia uterina», tan cerebralmente anclada en supuestas mentes liberadas: infinitos animales son pluralistas en amor y desconocen el mito «familiar». Son partidarios de la dispersión natural, como es muy practicada en la naturaleza toda (salvo los animales gregarios: hormigueros, maiadas, rebaños, ciudades humanas, etc.) Son arreligiosos: el *homo vesanus* está sobrecargado de tradicionalismo (muchos «libres» tienen nombre de santo para sus retoños y festejan la «navidad»). Son partidarios del trueque (los animales desconocen el dinero, ni compran ni venden ni tienen cuenta bancaria), etc. Todo esto y mucho más, tiene de bueno la naturaleza. Y la bestia humana (no la atávica descrita por Zola), sino—sensiblería aparte—, el *homo belicosus* que por doquier impera, tiene también, dentro de su imperfección (si sabe arrinconar al inevitable y «natural» bruto que anida en sus profundas criptas), y en la terraza de su ser, al *deimon* socrático, es decir, a su voluntad de razón. Si puede aunar dicho determinismo razonable (opuesto a la barbarie natural), con el libertarismo natural, iluminado por Thoreau, se produce en él, inevitablemente, el *an-arquista*.

## IX

Sería por demás iluso pretender encauzar a la «humanidad» hacia el nomadismo de Diógenes (9) o hacia el armonismo de Walden. El bloque humano, rumbo al norte, tiene como motor al «instinto natural». La voluntad de armonía le es desconocida. La «sociedad» se agiganta por evolución y la marejada dominista, nos aleja de las islas de la libertad.

## X

¿Podrá el hombre, teniendo en cuenta el problema «naturaleza-sociedad», lograr esa armonía colectiva que es la Anarquía?

Hacia tal luminoso horizonte, tendieron los an-arquistas de estos dos últimos siglos. Sus intentos fueron deformados o desbordados por la belicosidad que hay en el hombre.

Pero su ideología libertaria y luminosa, es la base de la humanización humana...

Largo camino debe aún recorrer el hombre, para lograr para siempre su *autodominio*, es decir, para arrinconar y domar a la Bestia, al Bruto que, «naturalmente», anida en sus profundas criptas.

Cuando eso ocurra, cuando el hombre sea el *HOMO SAPIENS* de Linneo y no el *HOMO BELICOSUS* que hoy por doquier prepondera, entonces la aurora de la Anarquía será un hecho.

Mientras tanto (debido a que no existe progreso moral general) el an-arquista será, inevitablemente, un *refractario*, un *inadaptado* a la «sociedad», brutalmente dominista y esclavocrata.

Porque el an-anarquista es un ser humanizado que, al avasallador impulsivo de la «naturaleza» y la «sociedad», opone su libérrimo determinismo, basado en la luminosa Razón.

Vladimir Muñoz

(1) Esto fué escrito en 1910. V.M.

(2) W. Willis, navegó solo en una balsa incaica, desde el puerto peruano de El Callao, hasta las islas Somoa, siguiendo en 1954, la corriente de Humbolt.

(3) En los mataderos modernos (frigoríficos) de las grandes ciudades, enclavadas en zonas ganaderas, se sierran a miles, eléctricamente, las cabezas del ganado vacuno, en un solo día.

(4) Léase en CENIT, mis traducciones: «Tres mil años de terror militar» y «Siglos de torturas». Consúltese el magistral libro de G. Lacaze-Duthiers «Visages de ce temps» (Figuras de nuestro tiempo).

(5) A referirse al perdurable libro de Euclides da Cunha: OS SERTOES.

(6) Alusión al que desconocía el dogma naturista V.M.

(7) El CONCORD de Emerson.

(8) Se refiere aquí el autor a la escuela an-arquista americana del siglo pasado, que se extiende de Warren a Tucker, y no a los socialistas libertarios, que sólo tienen de común con ellos, la negación del Estado.

(9) Ver «DIOGENE, UN PRECURSEUR ANARCHISTE», de L. Combes.



# SIGLOS DE TORTURAS

— I —

Que des supplices se dressent en accusateurs du fond des âges pour condamner une civilisation qui n'a de civilisation que le nom. On n'a que l'embarras du choix. On peut puiser à pleines mains dans cet arsenal de tortures d'où on les retirera dégoûtantes de sang.

G.L.D.



ESTE siglo de la bomba atómica es también el de las torturas. Torturas en todos los géneros, es lo que se ha encontrado de mejor desde que el mundo es mundo en el arte de hacer sufrir a las gentes.

La tortura está en el orden del día. Podría creerse que había sido abolida para siempre. No ha ocurrido así. Resucita y prolonga entre nosotros un largo pasado de tinieblas y de muerte. Lanzar una mirada sobre el pasado, es tener un anticipo

sobre lo que será, varios siglos más tarde, en un mundo que, si ha hecho inmensos progresos en el dominio de la técnica, no ha hecho ninguno en el de la moralidad. Los procesos de hechicería existen siempre con el nombre de delito de opinión. Todo no conformista está llamado, como antiguamente, a comparecer ante un tribunal de excepción, para rendir cuenta de sus gestos y hechos que no cuadran con la política del momento. Una mitad de la humanidad se encarniza torturando a la otra mitad. Así se ha hecho siempre y se hará por mucho tiempo aun. La naturaleza humana es una mala naturaleza que se place mucho más en hacer el mal que el bien, si entendemos por mal lo que disminuye la vida y por bien lo que la aumenta.

El hombre es un animal que se tortura. No ha cesado de torturarse desde los tiempos más alejados hasta los nuestros. He dicho en alguna parte esta definición del hombre: es un animal que se contradice. Y es precisamente por eso que se tortura: queriendo su felicidad, hace su desgracia, lo que es la peor de las contradicciones. La bestia humana se ha ingeniado a torturarse moralmente y físicamente. Ha imaginado toda clase de suplicios para hacerse la existencia insoportable. De la cuna a la tumba, es para ciertos seres una prolongación continua de sufrimientos causados por su propia culpa o por la de los otros. Contrariamente a lo que afirma Rousseau, el hombre no es bueno. Nace malo. La sociedad lo deprava, dice él. Cuando en realidad lo deprava desde mucho antes de nacer, pues el individuo lleva ya, en el vientre de su madre, un pesado atavismo. Contemplad al niño, el cual, desde que puede caminar, comienza por torturar a los animales, reventando los ojos a los gatos y a los pájaros. No nos asombremos pues si, al llegar a hombre hace lo mismo con sus semejantes.

Torturar al prójimo ha sido siempre para la bestia humana la más constante de las preocupaciones. Torturarlos

en nombre de la moral, la religión, la política, la autoridad, la ley, el Estado, la patria, la sociedad, el rey, la república, la dictadura, la revolución, Dios, el diablo. el bien y el mal, el vicio y la virtud, todo y nada, y no importa qué. Verdadero museo de horrores que excede a todo lo que podemos imaginar. Da pena creer que una criatura que se pretende razonable haya podido cometer tantos crímenes y rebajarse a tales excesos. La más vergonzosa bestia, creada a imagen de Dios y a su semejanza, bate el record en este aspecto sobre todas las otras bestias reunidas.

El arte de torturar a las gentes se ha expresado en el curso de las edades de diferentes maneras. Infinitas variaciones sobre el mismo tema. Cada pueblo ha puesto su haz de leña en esa inmensa hoguera que se llama la historia. Paganos y cristianos se han mostrado ambos odiosos. Las democracias no son mejores en este aspecto que las autocracias. Guerras civiles o religiosas, sin contar las otras, han ensangrentado el planeta (¿debemos recordar a la Saint Barthélemy (1), las dragonadas, el masacre de los Valdenses, los del Palatinato, las campañas de Napoleón? Mil altos hechos de armas, elogiados por los historiadores, aparecen como banditismo puro y simple) (2). De Cain, «inventor del asesinato» según asegura Tomás de Quincey, quien consideraba al asesinato como una de las bellas artes, hasta los inventores de la bomba atómica (se sabe qué efectos aterradores ha producido sobre ciertas poblaciones) (3), es un largo martirologio en donde se ve a la bestia humana torturarse a placer, en todos los países del mundo en donde ha elegido domicilio (Judea, Atenas, Roma, Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Turquía, España, Portugal, Países Bajos, Egipto, China, Persia, India, Japón, Estados Unidos, etc.). Cuantos suplicios se elevan acusadores desde el fondo de las edades para condenar a una civilización que de civilización sólo tiene el nombre. No es difícil el escoger. Se pueden meter las manos llenas en este arsenal de torturas de donde las sacaremos repugnantes de sangre.

Entremos de lleno en ese mundo de terror y de angustia. Mundo cerrado a toda razón y sordo a toda piedad. Aquí, los tiempos modernos y los tiempos antiguos se dan la mano. Todas estas torturas las encontramos en todas las épocas y comprendida la nuestra. Esa persistencia en el horror hace a veces dudar sobre la perfectibilidad de la especie humana. Enfrentanse las ideologías, los fanatismos chocan. Toda una organización judicial doblada con una ferocidad penal que no tiene nombre, toma parte en esta locura. Volvemos a ver en la Edad Media las mismas torturas que hicieron sufrir a los primeros cristianos los paganos, pero esta vez es a estos últimos al pasar por ellas. Cada confesión, cada creencia tiene sus mártires. La historia de las torturas, como la simple historia es un eterno comenzar de nuevo. Y eso dudará mientras los hombres no hayan comprendido y aprendido nada.



Según el sociólogo De Tarde, «la tortura reposa en una intuición psicológica de cierta profundidad». Y es lo que vamos a ver.

Ninguna parte del cuerpo ha sido olvidada. Había para cada una de ellas un género de suplicios. Se machacaban las cabezas a martillazos, se aplastaban los cráneos, se arrancaba la piel de la cara y de la frente, se arrancaban los dientes, se rompían las mandíbulas, se reventaban los ojos, se los quemaba, se los hacía salir de las órbitas, se agujeraban las orejas, se cortaba la nariz, se clavaba la lengua, se rompía la nuca, se torcían las axilas, se mutilaban los senos, se clavaban las manos, se encadenaban los pies, se rompían los brazos y las piernas, se hundían las costillas, se amputaban los testículos, se cortaban los pechos, o se los arrancaban con hilos muy finos, de manera que el paciente, no pudiendo orinar, expirara con atroces sufrimientos, se introducían objetos contundentes en el rectum o la vagina. Se abrían los vientres, se sacaban los intestinos, se cortaba la espalda, y, en las entrañas sanguinolentas, se echaba vinagre en el cual habían macerado los pimientos. En el estómago se introducían de diez a doce litros de un agua podrida, que se hacía filtrar gota a gota por la garganta del paciente, mientras se le cerraban las fosas nasales y se le agarraba la cabeza hasta que sucumbía. Se pelaban vivos a los condenados, vivos se los hacía hervir en una caldera, vivos se los enterraba, vivos se los enmuraba con cal o se los echaba al fondo de un pozo. Se les encerraba en un ataúd de plomo. Se los atravesaba, de parte a parte, con flechas. Se les arrancaba el hígado. Se hacía de ellos anorchas vivas untadas con ceras para alumbrar las ciudades, como lo hizo Nerón con los cristianos (4). Se paseaban desnudas a las mujeres por las plazas públicas y se las suspendían a unos maderos por los cabellos. Se echaban los cuerpos a las bestias salvajes, llevando el refinamiento hasta cubrir las con la piel de esas mismas bestias. Se los echaba a los perros hambrientos, para ser devorados, a ratones para ser roídos, a caballos para ser pateados, y aun a los peces, para ser desgarrados, teniendo cuidado de colocarnos en una red (no a los peces, sino a los seres humanos, de carne y hueso).

Todos los elementos naturales eran empleados para castigar a los culpables, o presumidos tales, el fuego principalmente. La hoguera era de uso corriente en la Edad Media. Consistía esta hoguera en un poste colocado encima de una pila de haces de leña recubiertos con goma amarrilla y resina, a los cuales se les prendía fuego. Se amarraban a ellas con cadenas a los condenados, sus vestidos habiendo sido impregnados antes con una materia inflamable (5).

La víctima moría lo más a menudo asfixiada. A veces era beneficiaria de cierta indulgencia, se le estrangulaba antes de quemarla. En cuanto a las cenizas, eran dispersadas a los cuatro vientos. La hoguera era reservada de preferencia para sabios y filósofos. Jean Huss fué quemado vivo en 1415, como así Etienne Dolet, impresor y filósofo en 1546, plaza Maubert (6), en donde le había sido erigida una estatua. Juana de Arco, relapsa, tuvo la misma suerte. El suplicio del fuego no era solamente para los herejes. Era también para las hechiceras, la sodomía, la bugrería o crimen contra la naturaleza y la bestialidad. Los animales no se escapaban: ¡un gallo fué quemado vivo por haber puesto un huevo!

En 1367, se aplicaba en Francia el suplicio del fuego a las «mujeres ligeras, muchachas de mala vida, bordeleras, mujeres viviendo en vileza o desordenadas en amor, chicas alegres o jergoneras», así se las designaba.

Al suplicio del fuego se le llamaba también auto de fe. En París tenía lugar en la plaza de Greve, hoy plaza del

Hotel de Ville. En algunas provincias galas era aplicado diferentemente. En Bretaña, se acostaba la paciente en una mesa bajo llamada tormento, bajo la cual había un brasero conteniendo carbón de leña. El carbón lo ponía el verdugo y lo cobraba muy caro. Eran sus pequeños beneficios.

Laurent Tailhade ha podido escribir: «La Inquisición derrama sangre como agua. Judíos, moros, sabios, herejes, la antorcha sinies ra que lleva en su jeta el sabueso del Santo Oficio quema y reduce a cenizas todo cuanto es testimonio de conciencia humana. De Muret a Fanjeaux, tres siglos están empestados por la horrible humareda de las hogueras Albigenesas».

El fuego se añadía a menudo a los otros suplicios, para hacerlos más horribles. A veces se incendiaba una habitación o un gran tonel en donde se encerraban a las gentes, a veces se los amontonaban en un bajel en llamas que se encontraba en plena mar. El fuego servía aún a otros usos: palangana ardiente, casco y túnica de fuego, zapatos ardientes, aceite hirviendo con el cual se regaba a los condenados, parrilla encima de la cual se los asaba, sartén en la cual se freían uno a uno todos sus miembros a medidas que se los cortaban, etc. Toda la lira, como puede verse. Treinta y seis modos de martirizar a las gentes...

Había, en Sicilia, en tiempos muy antiguos, el toro de talaris, nombre un célebre tirano. Era un buey de bronce, en el cual se introducía a la víctima, mientras que debajo se encendía un brasero. La infeliz gritaba horriblemente y los espectadores creían escuchar los mugidos. ¡Era una incineración viva! Volveremos a encontrar este suplicio en otros tiempos, pero en otra forma.

Continuemos enumerando estas torturas, testimonios de la maldad humana, aliada a la bestialidad. Miles de represalias hechas a veces por los paganos contra los cristianos, a veces por los cristianos contra los paganos, a veces por la sociedad contra los criminales que incubaba en su seno.

Encontramos ahora el suplicio de las piletas, que consistía en encerrar al condenado en una pileta construida a su talla, sólo la cabeza estando libre, la cual se untaba con miel y sobre la que se lanzaba un enjambre de abejas, el paciente se quedaba así días y días y se pudría con sus excrementos, en donde pululaban los gusanos, que terminaban por roerlo de pies a cabeza. Veamos ahora el del caballete. Se hacía sentar a la víctima en un caballete de madera, cuyo lomo estaba lleno de puntas agudas, con pesos atados en las piernas y los brazos para que las puntas se hundiesen más (variedad del empalamiento, el palo siendo practicado en Oriente con la forma de una estaca hundida en el cuerpo).

Había la Torre de las Cenizas, una torre de cincuenta codos llena de cenizas, en donde se encerraba al infeliz, que moría asfixiado.

Había la hornaza ardiente (antepasada de los hornos crematorios), en donde sucumbía con las llamas.

Había la precipitación al vacío desde lo alto de un roquedo (la roca Tarpeya no estaba lejos del Capitolio) (7).

Había el aplastamiento sobre espinas, con rodillos gigantes que pasaban por encima del cuerpo de las víctimas, cuando no perecían pisoteadas por los elefantes (desde entonces se ha encontrado algo mejor: los tanques o carros de asalto).

Había la prensa de la muerte que, como el carro de Djaggnat, aplastaba a todos los infelices acostados boca arriba, sin haber comido ni bebido durante varios días, suplicio calificado de pena «fuerte y dura».

Había el cañizo, el culpable siendo arrastrado por un cañizo antes de ser cortado en pedazos, que se repartía el populacho, suplicio contra el cual el generoso Shelley protestó con vehemencia.



Había lo que se llamaba la combustión del cuerpo y del alma, con plomo derretido que se derramaba en la boca.

Había la marca, con un hierro candente, que consistía en una larga varilla de hierro en una de cuyas extremidades tenía la letra M (abreviatura de la palabra malhechor), que el marcador imprimía en la mano del criminal y que terminada su tarea, se volvía hacia el juez y le decía: «¡Qué linda marca, monseñor!» (8).

Había la ahorcadura por la cabeza o por los pies. Entre los géneros de ahorcamientos usados en Inglaterra, señalamos la de las cadenas, encadenando la cabeza del ahorcado.

Había el suplicio de la rueda, uno de los más horrosos conocidos en Francia durante la Edad Media. Se amarraba el cuerpo humano en un instrumento en forma de rueda, repleto de puntas aceradas, el que se hacía rodar por un terreno sembrado de clavos. El verdugo encendía enseguida un brasero en el que se acostaba al paciente, cuyos miembros se consumían lentamente, mientras que se le golpeaba sin cesar. O bien, se precipitaba dicha rueda desde lo alto de un acantilado a una barranca o a un torrente. La rueda daba saltos por las piedras, era arrastrada por la corriente y deshacía por completo al torturado.

Había el suplicio de la escalera, formado por dos postes, unidos entre ellos por peldaños, de los cuales los más elevados tenían unas argollas para sujetar los pies. El condenado, colgado por los pies, recibía una gran paliza con ramas verdes y sucumbía.

Había el suplicio de la sierra que consistía en serrar por dos partes iguales, con un instrumento de madera o de metal, al cuerpo que estaba suspendido entre dos tablas. Suplicio que databa de los persas y de los medas. La dictomía consistía en despedazar, como lo hacen los carniceros con un ternero o un buey, a un hombre o una mujer sospechoso de algún crimen.

Había el suplicio del borceguí o bota española, que hacía crujir y dislocaba los miembros inferiores, fuertemente apretados entre cuatro tablas de roble.

Había la estrapada, que consistía en lanzar desde lo alto de un mástil varias veces en el mar o en tierra firme, al paciente suspendido con una polea, manos y pies atados por la espalda.

Había la bastonada, que desarticulaba los miembros. En Rusia se mataba a bastonazos a los condenados. Era una especie de «passage a tabac» anticipado (9).

Había el suplicio de la separación, se aproximaba dos troncos de árboles mediante una cuerda, se amarraba a esos troncos, por los pies o por las manos al hombre que se quería tortura, luego el verdugo cortaba la cuerda, lo que hacía que al separarse bruscamente los árboles arrastrasen cada uno por su lado una parte del cuerpo. O bien se utilizaba para ese género de suplicios a caballos amarrados uno a otro y que tiraban en sentido inverso los miembros que caían hechos pedazos. Se servían aún para esta operación de una cabría.

Había la suspensión por una polea, un gancho o un nudo corredizo, a los cuales se amarraba al culpable, la cabeza hacia abajo, o aun por los hombros cubiertos de sal, los brazos, los pulgares y los tobillos, con enormes pesos. Se le dejaba caer varias veces encima de conos puntiagudos alineados en serie, mientras que se le golpeaba y que debajo un brasero ardiente lo devoraba.

Había la compresión, aun más horrible, por medio de una prensa análoga a la que se usa para comprimir los racimos de uva. La sangre caía a raudales en la cuba. Había quien la bebía.

Había, en Gran Bretaña, el suplicio de la Virgen Escocesa, especie de máquina en forma de patíbulo. Había

en el mismo país en el siglo XVII el suplicio de la silla sumergida, para mujeres «habladoras». Esta silla, llamada aún armadajo o silla de rameras, estaba en suspensión mediante un poste sobre un estanque o un río. Se sentaba a la mujer y se dejaba caer la silla con zambullidas sucesivas «hasta que la muerte llegara», fórmula aun usada en la Inglaterra de nuestros días. Se empleaba a veces en vez de la silla sumergida una carretilla o una carreta. Así se castigaba al sexo débil demasiado hablador «para refrescar su temperamento demasiado ardiente» y enseñarle a no meterse en lo que no le importaba. Para poner fuera de estado de perjudicar a las comadres, se utilizaba aún una especie de bozal que envolvía la cabeza de la persona y contenía picantes, de manera que ensayando abrir la boca, la lengua era dolorosamente rechazada (cuantas comadres en nuestros días no hubiesen perjudicado a nadie si se hubiese empleado semejante castigo). Por otra parte había lo que se llamaba la banca de los acusados del arrepentimiento, para esposos adúlteros de ambos sexos. Los condenados a latigazos eran amarrados a un poste, con o sin bloques (especie de cárcel de madera en la cual se les encerraba), y se les flagelaba públicamente. El látigo siempre ha tenido un rol preponderante en los castigos de Inglaterra.

Algunos resistían a estas torturas, usando talismanes o tragando brebajes que habían podido obtener sobornando a los guardianas. Ocasión, para unos, de decir que estaban poseídos por el diablo y para otros de que estaban asistidos por Dios.

La mayoría de estos suplicios originaban de la más alta antigüedad, si empleamos un clisé conocido. La bastonada había ya sido utilizada por pequeños delitos entre los hebreos. Era aplicable a toda clase de personas y aun al mejor colocado. Se acostaba boca abajo al culpable y se le golpeaba en la espalda con un bastón. El padre de familia podía usarla con sus hijos o sus servidores. La bastonada era de uso corriente entre los egipcios. Entre los griegos, llevaba el nombre de tympanum, especie de instrumento en forma de rueda, sobre la cual se extendía el cuerpo como la piel de un tambor y se le golpeaba hasta que la víctima rindiase el alma.

El suplicio del látigo o flagelación remplazó a continuación entre los judíos a la bastonada. Se amarraba la víctima con un anillo a una columna y se le daban cuarenta latigazos con un látigo terminado con puntas de hierro parecido a la cola de un escorpión, de ahí el nombre de escorpión dado a ese instrumento. Algunas veces ese látigo tenía en sus extremidades bolas de plomo. Se miraba desde luego el estado de salud del paciente, pues para qué golpearle si sucumbía enseguida. Si era de una complexión delicada no se le golpeaba. ¡Había que hacer durar el placer mucho tiempo! En Roma el látigo servía para castigar a los esclavos, mientras que para los otros se acudía a las vergas o varillas de olmo y de avellano.

La lapidación era la pena capital del pueblo de Israel. Es casi constantemente cuestión de este género de suplicio en la literatura hebrea (la Biblia contiene no pocas atrocidades). La lapidación era a veces popular, el pueblo haciéndose él mismo justiciero matando a pedradas a los que pretendía castigar, a veces judicial, acompañada con ciertas formalidades. Eran condenados a muerte por lapidación los que se habían hecho culpables de inobservación del sábado judaico, de idolatría, de adivinación, de magia, de pitomancia, de falsa profecía, de blasfemia, de incesto, de sodomía, de adulterio, lo que hace pensar en el pasaje bíblico concerniente a la mujer adúltera: «El que no haya pecado que tire la primera piedra» — y aun de fornicación de la joven sol-



tera. La cosa tenía lugar ordinariamente en las afueras de la ciudad, en un montículo elevado, en donde había una fosa. Llegados al lugar de ejecución, se hacía subir al condenado, después de haberlo desnudado y de no haberle dejado que un calzoncillo, si se trata de un hombre, o de una ropa interior si era una mujer. Se le amarraban las manos, se le empujaba hacia el agujero en donde caía de boca abajo. Enseguida uno de los ver-

dugos encargados de esta tarea, le lanzaba encima del cráneo una enorme piedra. Si esta piedra no le mataba, la multitud se encargaba de liquidarlo. La lapidación tenía lugar de preferencia en un día de fiesta. Se exponía luego el cadáver ante la vista de todos. Tal era la pena capital de los judíos. Y es así como fué lapidado San Esteban.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

(1) La San Bartolomé. Alusión a la matanza de hugonotes que se organizó en París la noche del día de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), donde perecieron miles de personas, incluidas mujeres y niños, que profesaban la religión reformada. El número de víctimas se ha indicado en más o menos (de 2.000 a 10.000) según la ideología de cada historiador burgués. Desde luego, es uno de los dramas más terribles que registra en Francia, la historia de la intolerancia religiosa.—(N.d.T.).

(2) El magistral pintor español Goya, pintó en los ochenta y cinco aguafuertes de *Los Desastres de la guerra*, lo más espantoso que se haya descrito jamás sobre la militocracia en acción.—(N.d.T.).

(3) En 19°3, publicados por el Esperantista Grupo de Kioto Universitario de Kyoto (Japón), aparecieron numerosos folletos que circularon mundialmente, con sobrecogedores dibujos de artistas japoneses, recordando a los pacifistas del mundo entero, los horrores del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki.

(4) Véase el último film norteamericano «QVO VADIS» en multicolor. Nótese las crueldades del Coliseo romano, el incendio por el discípulo de Séneca, de la Ciudad Eterna, etc.—(N.d.T.).

(5) Escribió Rudolf Rocker en el tercer tomo de sus memorias «Revolución y Regresión»: «De acuerdo con los datos del abad Montgaillard, desde 1481 a 1781 fueron quemadas vivas en España cerca de 330.000 personas y sus bienes traspasados al Estado y a la Iglesia. En aquellos años de la más espantosa tiranía, vigilaba la Iglesia con ojos de Argos para que España no fuese alcanzada por ninguna influencia exterior. Todavía en 1790 publicó

la Inquisición un índice de 7.600 autores cuyos escritos estaban prohibidos en España, entre ellos las obras clásicas de Horacio, Ovidio, Cicerón, Plutarco, Dante, Petrarca y Boccaccio. Por la misma época poseía el país un ejército de 134.000 curas, 46.000 monjes, y 34.000 monjas» (página 266). Añade aún el conocido escritor libertario: «En 1832 fundaron dos obispos y 127 prebendados la célebre sociedad secreta *El Angel Exterminador*, de cuyos atentados criminales cayeron víctimas en los dos años siguientes más de cuatro mil personas de ideas liberales. En el mismo año entró en España con un ejército francés el duque de Angulema, para establecer la paz y el orden. Lo que siguió después resiste a toda descripción. Los liberales fueron asesinados en masa y más de 50.000 personas llenaron las prisiones y cámaras de tortura de la Inquisición resucitada. Riego mismo fué metido en un saco y llevado al cadalso montado en un asno, circundado por una multitud fanática azuzada por monjes, que gritaba burlescamente a la cara del libertador en su último trayecto: «¡Vivan las cadenas!» (pág. 271).—(N.d.T.).

(6) Plaza situada en la ciudad de París.—(N.d.T.).

(7) Situado en París.—(N.d.T.).

(8) Recordará el lector que en España, en 1934, cuando la revolución de Asturias, las tropas mercenarias del tercio marroquí, marcaban en la frente de los sospechosos la sigla UHP (Unos hermanos proletarios).—(N.d.T.).

(9) «Passage à tabac» es una frase francesa que indica los apaleamientos que tienen lugar en las comisarías del mundo, por los sicarios de la plutocracia, dadas a los sospechosos.—(N.d.T.).



La sociedad, lejos de disminuir y de limitar, crea la libertad de los individuos humanos; es como la raíz y el árbol: la libertad es su fruto. Por consecuencia, en cada época, el hombre debe buscar su libertad, no al principio, sino al fin de la Historia, pudiéndose decir que la emancipación real y completa de cada individuo humano es el verdadero y supremo fin de la historia.

Lo que sucede es que el concepto Estado ha suplantado a la sociedad, y ésta vive fuera de su centro natural y racional por la acción de los privilegiados, resultando que en oposición con las teorías racionales del derecho, predomina el hecho brutal, y así ha podido decirse que la fuerza es superior al derecho.

Anselmo LORENZO



POETAS DE AYER Y DE HOY

# LA VIRGEN ROJA



Así, dando al caído

Tu mano de dulzura en el combate,  
Fuiste fuego de todo lo podrido,  
Luz de amor para todo lo que late.

Con tu cabeza audaz de sublevada  
Cruzaste por la tierra, victoriosa,  
Despedazando el mal con una espada  
En cuyo filo floreció una rosa.

¡Rosa de amor que del amor vivía;  
Súmmum de gracia y virginal belleza;  
Esperanza y fulgor que se expandía  
Como la irradiación de una cabeza!

¡Sobre la faz de un mundo, tu estandarte  
Fué rojo, como roja es la mañana,  
Como roja es la sangre y rojo el arte  
Que de la vida entonan el hosanna!

Eras la suave Luisa, sofocando  
El humor en las llagas de los siervos  
Y la terrible vengadora, ahogando  
En sus cuevas a todos los protervos.

Mística de una fe que no entendían  
Sino los que han amado o han sufrido,  
Tus alas de ternura se extendían  
Sobre toda tiniebla y todo olvido.

Amorosa y sonriente, enardecida,  
Velabas sobre todos los dolores,  
Teniendo siempre para cada herida  
Gritos de horror y bálsamo de flores.

El odio y la bondad te embravecieron  
Y en tí los pensamientos despertaron.  
¡Todas las ignominias te temieron  
Y todos los pesares te alabaron!

Alberto GHIRALDO



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCÍA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe cristiano. Tomo II. Idea de un príncipe político cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»  
(antiguos clásicos «La Lectura»)  
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mudo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas.

Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador. «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

## LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

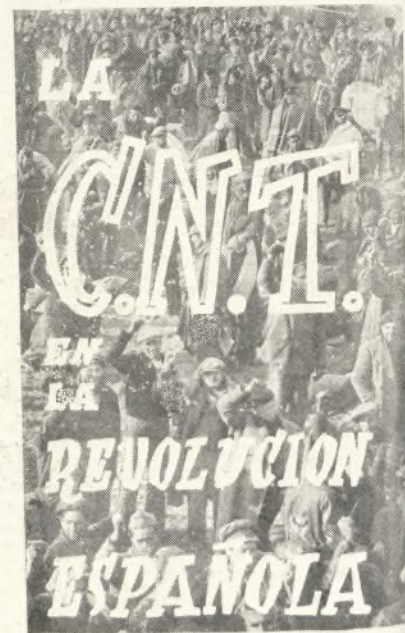
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos